



SERVICIO SECRETO



JUGUETES DIABOLICOS

george h. white

GEORGE H. WHITE

JUGUETES DIABÓLICOS

1.^a EDICIÓN
OCTUBRE - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B B 20644 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© GEORGE H. WHITE - 1962

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962**

N. R. 3873/62

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

766. - Cazados en el Oeste.

En Colección SERVICIO SECRETO:

629. - El loco de la linterna roja.

En Colección BÚFALO:

448. - Cuerda para un culpable.

En Colección CALIFORNIA:

265. - Luchando sobre la tierra.

En Colección SALVAJE TEXAS:

248. - Pólvora y sangre.

En Colección KANSAS:

165. - El reino de Mac Hale.

En Colección COLORADO:

161. - Atardecer sangriento.

En Colección ASES DEL OESTE:

130. - El pastor del Colorado.

En Colección BRAVO OESTE:

77. - De buena ley.

Juguete diabólicos

P^o GEORGE H. WHITE



CAPÍTULO PRIMERO

La carta estuvo tres días en la gaveta de alambre sobre la mesa del capitán Milton Scott, pero hasta que aquella mañana el superintendente Warburton le llamó a su despacho, Milton no encontró la ocasión de ocuparse del asunto.

—Aquí hay otra carta de ese Mac Dullow —dijo el superintendente Warburton apartando del montón de correspondencia oficial un pliego de papel corriente que entregó por encima de la mesa.

Milton Scott echó un vistazo a la carta, la cual en líneas, generales estaba redactada en los mismos agresivos términos de la carta anterior, excepto con la salvedad de que en esta Mac Dullow amenazaba con acudir a la influencia de *lord* Herkimer para activar la perezosa indolencia del ineficiente y descortés Cuerpo de Policía.

—¿Qué es lo que desea este hombre? —preguntó Milton, arrugando el ceño.

—Eso tendrá que averiguarlo usted por sí mismo yendo a visitarle a Heuvelton —Warburton sonrió echando una mirada por la ventana abierta del despacho—. Hace un día espléndido para una excursión en automóvil a las montañas.

Milton Scott, que no había alcanzado su alto puesto sin tesón ni perseverancia, era un hombre de treinta y ocho años, de carácter apacible y costumbres metódicas. Alto, rubio y bien parecido, de ojos azules y ademanes reposados, elegante y pulcro en su forma de vestir, Milton era un hombre que se había sacrificado por su carrera, desaprovechando en el pasado un par de excelentes ocasiones de traer una esposa a su piso de soltero de Iberland Street.

Sin embargo, Milton Scott estaba siempre demasiado ocupado para lamentarse de su soledad. La vida rutinaria del policía acaso hubiese endurecido en él sus fibras sensibles, lo cual descubrió

Milton aquella mañana cuando su automóvil trepaba por la sinuosa carretera de Greenlaw, ofreciéndole el magnífico panorama de los grandes y oscuros bosques bajo un cielo azul surcado de nubecillas blancas.

Milton hubo de pensar entonces que llevaba demasiado tiempo sin salir de la ciudad, medio sepultado bajo una montaña de carpetas donde se archivaban los más intrincados asuntos, con rápidas y esporádicas salidas a la calle para inspeccionar los detalles de un crimen, o un robo, o el asalto a un banco.

Aunque, por metódico era contrario a todo cambio de planes que no estuviera previsto en su libreta de notas, Milton Scott acabó por alegrarse por aquella inesperada salida al campo en uno de los días más hermosos del año. Relajando sus músculos y estirando sus largas piernas cuanto le permitía el reducido espacio entre el asiento delantero y el posterior, Scott llegó a sentirse tan a su gusto que le parecía corto el viaje hasta la aldea montañosa de Heuvelton.

El sargento Mac Allister, jefe del puesto de la policía local, recibió a Milton Scott en su despacho.

Mac Allister, hombre robusto, coloradote, de pestañas y cejas blancas, leyó la carta que el capitán le mostraba y luego soltó un resoplido.

—¿También a ustedes les escribió cartas ese viejo chiflado?

—¿Qué es lo que desea ese hombre?

—Creo que experimentan ahora un fenómeno que es común a la mayoría de la gente cuando está forrada de dinero. *Sir* Mac Dullow, sencillamente, tiene miedo a morir.

Milton Scott cruzó una pierna sobre otra y miró gravemente a la roja y redonda cara del sargento.

—¿Quiere decir que siente miedo a morir de forma violenta?

—El viejo está seguro de que podría vivir otros veinte años, por lo menos, si lo dejasen morir de muerte natural. Esto, sin embargo, no es absolutamente cierto. La verdad es que *sir* Mac Dullow está enfermo. Sus médicos aseguran que sufre una lesión cardíaca. La arterioesclerosis puede darle un disgusto de un momento a otro... y los nervios hacen estragos en él.

—¿Qué edad tiene ese hombre?

—Acaba de cumplir setenta años.

—¿Y dice usted que tiene dinero?

—Se dice que es fabulosamente rico, aunque usted no lo notará cuando entre en su casa. Habita una especie de viejo castillo en el cual los muebles y las condiciones de vida no han cambiado apenas desde la época medieval. Le diré; Mac Dullow no tiene en su caserón ni luz eléctrica, ni agua corriente, ni calefacción central. Su tacañería es tan proverbial como su genio áspero y agresivo. Sinceramente, yo compadezco a las personas que tienen que convivir con él.

—¿Tiene familia?

—*Sir* Mac Dullow es soltero, si es eso lo que quiere decir. Pero no está completamente solo. Le rodean una constelación de sobrinos que siempre están revoloteando a su alrededor como una bandada de buitres a la espera de verle caer muerto.

—¿Es de ellos de que quien teme Mac Dullow?

La agudeza de la pregunta de Scott dejó sin respuesta al sargento Mac Allister. Éste reflexionó un minuto en silencio y, mirando luego a Scott, propuso:

—¿Por qué no va a verle usted personalmente?

—Está bien, vamos. Tengo afuera mi coche —dijo Milton poniéndose en pie.

Los dos hombres salieron del cuartelillo de policía, tomando asiento el sargento junto al policía uniformado que guiaba el coche. Milton Scott se acomodó en el asiento de atrás y el automóvil se puso en marcha tomando la carretera de Berwik, cruzando extensos prados donde empezaba a dorar el heno recién segado y todavía verdeaba el trigo de las granjas de labor.

—El camino no es muy bueno —advirtió Mac Allister—. El viejo Mac Dullow no lo ha reparado jamás que yo sepa en los años que llevo aquí.

Poco después el sargento señalaba al conductor un ramal que se separaba de la carretera principal pasando a través de una abertura en un ribazo de piedra, adosado al cual se veían los restos de una puerta de madera que muchos años atrás debió caerse a pedazos. Después de cruzar prados naturales, el camino se internaba a través de un espeso bosque de cedros remontando el serpenteante curso de un arroyo de montaña.

—Los Mac Dullow constituyeron en su tiempo uno de los clanes más antiguos de Escocia. Si investigáramos la ascendencia de la

población de Heuvelton, descubriríamos que al menos la mitad de los habitantes de la comarca está emparentada con los Mac Dullow. El apellido abunda mucho en la región, aunque ninguno se considera ligado al viejo por lazos de parentesco —dijo el sargento Mac Allister.

—¿Posee propiedades?

—¡Oh, sí! Todas las tierras que usted ve, desde que cruzamos el portillo al abandonar la carretera, le pertenecen. La heredad era mucho más grande en los tiempos de los padres del actual *sir* Mac Dullow, pero hubo de fraccionarse entre los dos hijos varones y las dos hembras que heredaron la hacienda, quedando la mayor parte y el castillo de propiedad de *sir* Allen Stefen Mac Dullow. Casi todas las tierras pasaron a poder de otros propietarios vecinos, excepto las que todavía posee Orville Mac Mahon. Mac Mahon es uno de los sobrinos de *sir* Mac Dullow, hijo de una de las hermanas de aquél.

—¿Cuántos son los parientes de *sir* Mac Dullow en total?

—Pues veamos... —El sargento empezó a contar con los dedos —. Bertie Mac Dullow, hijo del hermano del actual *sir* Mac Dullow. Disipó alegremente la herencia que le dejó su padre, ha tenido numerosos líos con mujeres y finalmente tuvo que venir a acogerse a la ayuda de su tío, a expensas del cual vive actualmente. Luego están los Keyes, hijos de la hermana de Mac Dullow. Edgar Keyes juega a la Bolsa y hasta hace poco sostenía un piso en Londres. Le gusta vestir bien y se muere por los coches lujosos. Su esposa es posiblemente más inteligente que él. Ella posee una propiedad rural en Greenlaw, de donde vienen con frecuencia a visitar al viejo. Anny Keyes es una solterona que vive con sus hermanos. Luego están Orville Mac Mahon. Todavía conserva las tierras que heredó de su madre, unidas a las de su padre y a algo más que él ha ido adquiriendo en los últimos años. Mac Mahon es un trabajador incansable, razón por la cual le enfurece ver el estado de abandono en que se encuentran las tierras de su tío. Tiene dos hijos; John, de veintidós años, y Alicia, de dieciocho. La señora Mac Mahon es una mujer del campo, tan interesada según dice que por no gastar no gasta siquiera en jabón.

—En total cuatro sobrinos, seis contando a los hijos de Orville Mac Mahon —observó Scott—. Al menos por la descripción no parecen personas de quienes el viejo Mac Dullow tenga que temer

nada. ¿O acaso procede de otra parte el peligro que el viejo Mac Dullow cree presentir a su alrededor?

—La verdad es que no lo sé. Hace aproximadamente un mes el viejo me llamó a su castillo. Quería nada menos que pusiésemos un agente para merodear por los alrededores de la casa tanto de día como de noche. Le dije que no podíamos hacer eso y se enfureció. Entonces, probablemente, decidió escribirles esa carta a ustedes. Pero usted le va a conocer por sí mismo y podrá manifestar su propia opinión. Mire, ahí está el caserón.

A través del bosque Milton Scott divisó una extraña edificación en la cual el cuerpo principal, tosco y sin estilo definido, parecía haberse agregado en época muy posterior a un viejo torreón de los muchos que en la Edad Media se levantaban en las costas de Escocia para rechazar a los piratas vikingos. Tanto el torreón como el cuerpo principal del edificio estaba construido de grandes sillares, que en su parte exterior aparecían carcomidos por la acción del tiempo, cubiertos de musgos y de mugre. Los tejados, en pronunciada pendiente, el remate cónico de pizarra que coronaba el torreón y que era muy posterior a la construcción de éste, daban al conjunto un aspecto fantástico de castillo de brujas arrancado de las páginas de un libro de cuentos infantiles.

—Muy pintoresco —observó Milton abarcando de una ojeada el conjunto del caserón y el agreste terreno a su alrededor.

El automóvil cruzó un desvencijado puente de madera sobre un riachuelo en el cual las aguas habían sido represadas por un pequeño dique, en el cual se sumergía la oxidada cañería de hierro de una conducción de agua que iba hasta una pequeña caseta junto al camino.

El automóvil remontó una suave cuesta y se detuvo en el patio frente a la casa.

Un gran perro dogo saltó fuera de su caseta de piedra y estuvo ladrando furiosamente a los intrusos mientras daba violentos tirones de la sólida cadena que le tenía atado. De la casa salió un hombre alto y delgado, de tez amarillenta y apergaminada.

—Ése es Wyllie, el hombre de confianza de Mac Dullow. Ocupa un lugar intermedio entre mayordomo, guardaespaldas, chofer y criado para todo —dijo el sargento cuando saltaba del coche.

Tres escalones de piedra desgastada llevaron a los visitantes

hasta la puerta del castillo. Wyllie arrugó su amarillento rostro en algo que debía semejarse a una sonrisa de bienvenida.

—James, éste es el capitán Scott, del Cuerpo de Policía de Edimburgo —presentó el sargento.

—Pasen ustedes, por favor. Anunciaré su visita al señor Mac Dullow.

Por un angosto portillo abierto en la recia puerta claveteada de bronce, entraron en el vestíbulo.

Hirió el sensitivo olfato de Scott cierto tufo a moho y a polvo. El vestíbulo era grande, frío y destartelado, con altos y artesonados techos. Unas vidrieras ojivales con cristales emplomados proporcionaban toda la luz al vestíbulo desde la escalera de piedra. Scott pudo ver una tupida y raída alfombra, varios muebles antiguos y pesados, un par de armaduras cargadas de herrumbre y algunas panoplias sosteniendo un arsenal de armas que constituían toda una pieza de museo.

El criado abrió una puerta lateral a la derecha invitando a los policías a esperar en la biblioteca.

La biblioteca era probablemente el único lugar en la casa que el dueño había tratado de hacer confortable. Dos grandes ventanales en ojiva y columnillas, demasiado altas para que desde el interior pudiese verse el exterior, daban toda la luz a un salón de forma rectangular, en cuyo fondo se apreciaba una gran chimenea de piedra. Había dos largos divanes y una mesita ante la chimenea. El espacio del muro que quedaba debajo de la ventana estaba ocupado por varias sillas, una consola, un pesado arcén y un armario conteniendo algunos rifles y escopetas de caza. Entre las ventanas figuraban varios cuadros de telas muy oscuras y un par de cabezas de ciervo disecadas.

Todo el muro frente a las ventanas se hallaba ocupado por largas y altas estanterías repletas de libros.

Milton Scott se acercó a la biblioteca y se puso a examinar los títulos de los volúmenes. Le sorprendió encontrar que había un gran número de libros dedicados a la Medicina, la mecánica y la ingeniería. También había una edición completa de la Enciclopedia Británica.

—Buenos días. ¿Les atienden a ustedes? —Se escuchó una voz femenina.

Milton Scott se volvió encontrándose frente a una muchacha alta y delgada, cuyos negros cabellos peinaba hacia atrás en un moño recogido a la nuca que infundía a su bello rostro un aire particularmente severo. Los verdes ojos de la joven estaban clavados en Scott, aunque luego pasaron a fijarse en el sargento.

—Hola, *miss* Sinclair —dijo el sargento Mac Allister—. Sí, ya estamos siendo atendidos. Wyllie ha ido a avisar al señor Mac Dullow de nuestra visita.

Los grandes y hermosos ojos de la joven estaban de nuevo clavados en Scott. El sargento presentó:

—Le presento al capitán Scott, de la Policía de Edimburgo.

—¿Cómo está usted? —La muchacha hizo una ceremoniosa reverencia con la cabeza.

Había distinción innata en la figura austera de aquella chica. Scott se dijo que tenía que ser muy hermosa para seguir pareciendo bonita con aquel moño, sin afeitado ninguno y aquel vestido demasiado largo, demasiado oscuro y demasiado viejo que apenas dejaba adivinar la forma seductora de las caderas y el busto.

James Wyllie regresó en este momento anunciando desde la puerta:

—¿Tienen la bondad de seguirme? El señor Mac Dullow les recibirá en su taller.

—He tenido mucho gusto, señorita Sinclair —dijo Milton Scott deteniéndose un instante junto a la joven cuando pasaba ante ésta—. Buenos días.

Los dos policías siguieron al mayordomo a través del frío vestíbulo y luego por la pesada escalinata de piedra hasta un pasillo superior. De aquí, un angosto pasadizo a la derecha les condujo a través de la arcada abierta en el grueso muro hasta una escalera muy estrecha oprimida entre dos sólidos muros de sillares donde muchas manos, en el curso de varios siglos, habían formado a modo de un charol brillante hasta la altura de los hombros de una persona normal. Esta escalera estaba iluminada muy parcamente por una serie de estrechas troneras abiertas en el grueso muro de la derecha. Desde estas troneras Milton Scott divisó el paisaje de bosques y tierras de baldío que rodeaban el caserón, de lo cual dedujo que se encontraban en el interior del torreón.

Siempre siguiendo los pasos de Wyllie, los dos policías entraron

por una puerta muy baja en un vasto recinto de forma circular, al cual daban luz tres ventanales ojivales de dobles columnas.

Un anciano, el cual vestía un raído batín con numerosas manchas de aceite, estaba sentado en un alto taburete inclinado sobre su banco de trabajo. Milton vio una nariz ganchuda cayendo sobre una boca desdentada como buscando unirse a la prominente barbilla. Si algún rostro expresaba la tacañería y ruindad de un alma, aquél era sin duda el rostro que más se aproximaba al tantas veces caricaturado carácter de los judíos.

—¡Ah, por fin se decidieron ustedes a venir! Ya casi esperaba que no vendrían excepto para hacerse cargo de los hechos consumados.

—¿Cómo está usted, señor Mac Dullow?

El anciano no contestó a la pregunta de Scott, ni hizo movimiento alguno para tomar la mano que el policía le tendía.

—Wyllie, vete fuera y llévate contigo al sargento.

Mac Allister lanzó en dirección a Scott una mirada de socorro, pero Milton se limitó a sonreír. Resignadamente, el sargento salió detrás del mayordomo, el cual le esperó para cerrar la puerta tras sí.

Milton Scott paseó su mirada en derredor. El taller, aunque pequeño, estaba bien equipado. En un extremo Milton vio un torno accionado por pedal. Sobre un soporte metálico destacaba contra una de las ventanas la silueta de una taladradora movida a mano. Ante el banco de trabajo, un panel sostenía gran cantidad de herramientas cuidadosamente ordenadas. Sobre el banco había un objeto que llamó poderosamente la atención de Milton. Se trataba de un juguete, un pequeño tanque que, al parecer, se encontraba en proceso de reparación. En un estante en una de las paredes había otros juguetes mecánicos; una máquina de tren eléctrica, una grúa y un tractor movido sobre orugas de gomas.

—¿Es usted aficionado a la pequeña mecánica por lo que veo?
—preguntó Scott.

—Sí.

—¿Y son los juguetes mecánicos su especialidad?

—Me encantan los juguetes mecánicos, sobre todo si son ingeniosos y están bien contruidos. Pero mi especialidad son las cerraduras. Mi última patente sobre una cerradura para caja de caudales me valió tres mil libras. Pero tengo otras patentes sobre

algunos inventos míos; uno de ellos un sistema de calzos de seguridad para grandes camiones, un nuevo sistema de refrigeración para automóviles, que me ha comprado una empresa francesa, y también un reloj calendario que da las horas y además sirve de despertador.

—El campo de su ingenio es muy vasto por lo que veo —dijo Scott amablemente—. Debe ser muy divertido poderse dedicar a las actividades que a uno le gustan y encima ganar dinero con ello.

—¡Oh, no crea que todo lo que uno inventa da dinero! Pero es distraído. ¿No quiere sentarse?

Sir Allen Stefen Mac Dullow señaló un tosco taburete de madera, donde Scott se sentó poniendo sus manos extendidas sobre las rodillas.

—Y bien, *sir Mac Dullow*. ¿Quiere que hablemos ahora sobre el asunto que motiva mi visita?

—Sí, por supuesto. En las cartas que les escribí no podía ser demasiado explícito. La gente, y en especial la policía, se ríe de uno si se permite expresar sus temores o sus presentimientos sobre una desgracia inminente.

—¿Quiere decir que en este momento vive usted bajo la sensación de estar amenazado por un peligro presentido?

—Estoy seguro de que en este momento alguien está imaginando la forma de asesinarme.

—¿Le han amenazado?

—No.

—¿Ni siquiera le han enviado un anónimo anunciándole su próximo y trágico fin?

—No. Pero sé que quieren matarme. Dicho de otra forma; sé que todos desean verme muerto. Lo veo en sus ojos, puedo adivinarlo en su acento de impaciencia y exasperación. Tengo setenta años. Los que esperan heredarme consideran tal vez que ya he vivido demasiado.

—Bueno, eso no dejará de ser una simple figuración suya. En cierto modo es lógico y natural que sus sobrinos esperen heredarle. Ahora bien, que por una parte esperen con ansiedad el día de su muerte, no quiere decir que esa impaciencia sea capaz de empujarles hasta el crimen. Usted morirá de todos modos, cuál es el fin que más pronto o más tarde nos espera a todos. Todo lo que

tienen que hacer sus herederos es aguardar. Por ley de vida, y, puesto que ellos son mucho más jóvenes que usted, es de esperar que ellos le sobrevivan.

—¡Oh, no! Es su impaciencia que no les permite esperar. En realidad tengo una salud de roble y espero vivir otros veinte años más. Ellos no pueden esperar tanto tiempo.

Milton Scott amagó una sonrisa mientras decía:

—Así pues, es de sus sobrinos de quienes usted espera recibir una muerte súbita y quizá violenta. ¿Desea hacer una denuncia contra alguno de ellos en particular?

—No. Todos ellos piensan que debo morirme.

—La ley, al menos en nuestro país, no puede condenar a una persona por lo que ésta lleva en su pensamiento. Verdaderamente, *sir* Mac Dullow, no alcanzó a comprender lo que usted espera de nosotros.

La rugosa faz del viejo se puso lívida, sus negros ojillos relampaguearon furiosos tras los cristales de sus gafas.

—¡Quiero que ustedes me protejan, naturalmente! ¿Para qué está la Policía entonces?

—Trate de ser razonable, *sir* Mac Dullow. Si la policía tuviese que destacar a un detective para dar custodia a cada uno de los ingleses enfermos o deprimidos que presienten la presencia de un asesino a sus espaldas, entonces probablemente la mitad de Inglaterra tendría que ser uniformada y armada para cuidar de la otra mitad.

Dos rosetas de color aparecieron en las lívidas mejillas del anciano.

—¿Quiere decir que soy un enfermo mental atacado de una manía sin fundamento?

—No es eso lo que quise decir, discúlpeme. Sólo trato de hacerle ver la imposibilidad material de que la Policía pueda escoltar a todos los que, de una forma u otra, presienten un peligro, el cual puede ser lo mismo imaginario que real.

—Entonces, ¿cuál es la utilidad de mantener un cuerpo policíaco tan caro como el nuestro? Soy un súbdito de Su Majestad Británica, un ciudadano de las Islas Británicas, que paga impuestos para atender a los gastos de la nación, entre ellos los sueldos de ustedes los policías. Si en un momento determinado yo necesito la

protección de alguien, ¿a quién debo acudir, sino a aquellos que prestan un servicio a la seguridad pública?

—El caso es que cuando usted paga sus impuestos no adquiere con ello el derecho de tener a su disposición y personal servicio un detective guardaespaldas —dijo Milton Scott gravemente poniéndose en pie—. Si es eso lo que desea, le recomiendo vaya a contratar los servicios de una agencia de detectives.

—¿Ésa es toda la solución que ustedes dan a mi caso? —chilló *sir* Mac Dullow con voz aguda.

—Lo siento, pero eso es todo cuanto podemos hacer por usted. La cosa podría ser distinta si existiese una amenaza concreta contra su seguridad personal. Tal vez, más que una escolta policíaca lo que usted necesite sea el consejo de un médico.

—¿Se cree que estoy loco? ¿Es eso lo que quiere decir?

Milton Scott se dirigió hacia la puerta.

—Haré un informe sobre el asunto. Es todo cuanto puedo prometerle —dijo cuando asía el tirador de la puerta.

—¡Usted se acordará de mí, joven! —chilló Mac Dullow blandiendo sus puños amenazadores—. ¡Elevaré una protesta! ¡Tendrán que escucharme hasta en la Cámara de los lores! ¡Se lo prometo!

Milton Scott bajó rápidamente la angosta escalerilla hasta el pasillo, donde el acceso al torreón comunicaba con el resto del edificio. Allí encontró al sargento Mac Allister charlando con un hombre joven, alto y delgado, cuya parte anterior del cráneo acusaba una incipiente calva, y cuyo perfil de águila recordaba el del furioso hombrecillo que Scott había dejado arriba.

—¿Ya terminó usted? —dijo Mac Allister—. Le presento al señor Bertie Mac Dullow.

—Celebro el encontrar a alguien de la familia —dijo Milton Scott estrechando la mano delgada y fría del joven—. ¿Podríamos hablar en reservado?

—Por supuesto que sí. Venga por aquí. Nadie nos molestará en mi habitación —repuso Bertie Mac Dullow.

Milton Scott y el sargento Mac Allister siguieron al joven por un amplio pasillo, que por un lado ofrecía una hilera de ventanas por las cuales penetraba el sol. Al final del pasillo Scott vio el arranque de una escalera de caracol. Bajaron por la escalera hasta un pasillo

inferior, que era en dimensiones y distribución idéntico al de arriba.

La primera puerta de la izquierda era la correspondiente a la habitación de Bertie Mac Dullow. Entraron.

La habitación era de regulares dimensiones y estaba amueblada con confort aunque sin lujo. El actual ocupante de la alcoba había añadido detalles que revelaban sus aficiones deportivas.

Sobre la chimenea de piedra descansaba sobre dos clavos un magnífico rifle de caza. En uno de los muros junto a la ventana tenían carácter decorativo varios banderines universitarios.

Bertie Mac Dullow señaló a sus visitantes un par de sillas junto a la ventana. Él tomó asiento en el borde de una amplia cama de roble.

—¿Sabe usted por qué nos ha hecho venir su tío? —preguntó Scott mientras rechazaba la pitillera de oro que le ofrecía Bertie Mac Dullow.

—No, no tengo la menor idea.

—Su tío escribió dos cartas al superintendente Warburton solicitando se le preste protección sobre cierto peligro que le amenaza. Para concretar, su tío teme ser asesinado por sus propios sobrinos.

Bertie Mac Dullow le miró con sorpresa. Luego se echó a reír.

—¡Pero ustedes no le habrán tomado en serio!

—Nuestro deber es atender a las denuncias que se nos envían e investigar cualquier asunto que entrañe amenaza o peligro para el denunciante. Mi impresión personal es que *sir* Mac Dullow exagera. Quizá, como me han dicho, tenga demasiado dinero. Si tomamos como cierto el cuento del hombre que era feliz y no tenía ni camisa, cuanto más rico tanto más preocupado y desgraciado debe sentirse uno. ¿No le parece?

—Mi tío chochea. Eso es todo. Los nervios le dominan. También está un poco delicado del corazón. Todo esto y el hecho de guardar por sí mismo la parte más considerable de su tesoro le mantienen en un estado de tensión y ansiedad que repercute en su sistema nervioso. Le doy mi palabra; nadie ha atentado ni se propone atentar contra su vida.

—Eso mismo había pensado yo.

—No obstante, si desea obtener datos más concretos acerca del estado de salud de mi tío, puede dirigirse usted al doctor Waltari,

de Heuvelton. El sargento Mac Allister le conoce muy bien.

El sargento asintió moviendo su rubia cabeza.

—Cualquiera conoce al doctor Waltari en Heuvelton.

Llamaron en este momento con los nudillos a la puerta. La puerta se abrió y una joven rubia, de bien proporcionada estatura, muy linda, asomó a la habitación. Vestía un delantal blanco y traía en la mano una aguja de inyecciones, un frasco y un pedazo de algodón.

—¡Oh, perdonen, no quisiera molestar! —exclamó la joven.

Bertie Mac Dullow se puso en pie.

—¿Qué desea usted, señorita Glenn?

—Se trata de su tío, el señor Mac Dullow. Es la hora de que se le dé su inyección; pero ha cerrado la puerta del taller y se niega a abrir.

—Llame a la señorita Elaine. Tal vez le obedezca a ella —dijo Bertie con un ademán impaciente.

La joven salió, cerrando tras sí. Milton Scott, pensando en Elaine Sinclair, dijo como para sí:

—¿Quién es esa joven?

—Es la enfermera. El viejo se negaba a tomarla, pero fue preciso traerla después que sufrió aquel ataque al corazón durante la noche. ¿Recuerda usted, sargento?

—Sí, ya lo creo que me acuerdo. *Sir* Mac Dullow se había encerrado por dentro como de costumbre en su habitación. Era pasada la medianoche cuando aquí, el señor Bertie Mac Dullow, llegó a Heuvelton pegando bocinazos en busca del doctor y de un cerrajero. El viejo Mac Dullow había sufrido un ataque cardíaco. Se le oía al otro lado de la puerta, pero no podía abrir por sí mismo.

—Si era un caso tan apurado, ¿por qué no echaron la puerta abajo? —insinuó Scott.

—¿Echarla dice usted? ¡Oh, imposible! —exclamó Bertie Mac Dullow—. La puerta de la habitación de mi tío es de plancha de acero de media pulgada de espesor, con una cerradura del sistema de las que se utilizan en las cajas de caudales. Sólo mi tío conoce la combinación que abre la puerta, y la forma de entrar consistía en perforar la plancha y volar las cerraduras con nitroglicerina. Por fortuna no fue preciso recurrir a los servicios del cerrajero. Cuando llegué con el cerrajero y el doctor Waltari el viejo ya se había

repuesto y acababa de abrir por sí mismo. El propio Mac Dullow se asustó tanto que aceptó la presencia de una enfermera en casa, a pesar de la terquedad con que la había rechazado antes.

—¿De modo que el señor Mac Dullow tiene una puerta acorazada en su habitación? —preguntó Milton Scott con interés—. ¿Cuál es la finalidad de esa medida de precaución? ¿Puso esa puerta por temor a que alguien pudiera entrar y asesinarle mientras dormía?

—No, no. La puerta estaba allí desde mucho antes que mi tío diera muestras de inquietud y recelo respecto a los miembros de su propia familia. El viejo es tan desconfiado que guarda por sí mismo el dinero y los valores que generalmente se confían a la caja acorazada de los bancos.

—¿Quiere decir que *sir* Mac Dullow guarda en su habitación su propio tesoro? Sin embargo, su dinero estaría mucho más seguro en la cámara acorazada del sótano de un banco. ¿No creen?

—La habitación del viejo es en realidad una cámara acorazada. Cuando puso la puerta blindada hizo también revestir su habitación con un doble muro de cemento con varillas de acero. Además, dentro del cuarto todavía queda para desafiar a los ladrones más audaces una sólida arca de caudales de su invención. En un principio el viejo tenía la cámara sólo para guardar su dinero, pero desde que le entró la manía persecutoria hizo llevar un catre a la cámara y duerme en ella.

—¿No es eso muy peligroso para un hombre que padece del corazón? ¿Cómo podrán auxiliarle si de nuevo sufre uno de esos ataques que le imposibilitan de abrir la puerta por dentro?

—Sugiere usted algo que nosotros estamos cansados de advertirle. Pero no hay forma de convencerle para que desista de dormir en la cámara. Recientemente, sin embargo, ha montado un dispositivo para abrir la puerta con sólo oprimir un botón eléctrico desde la cabecera de su cama.

—¿No sería más sensato que al menos alguien de su confianza conociese la combinación que abre la puerta desde afuera?

—Por supuesto. Sólo que para eso habría de confiar en alguien.

Milton Scott se puso en pie echando una impaciente mirada a su reloj.

—Lo siento, debemos marcharnos. Se ha hecho muy tarde y

todavía quiero hablar con el doctor Waltari antes de emprender el regreso a Edimburgo.

Bertie Mac Dullow acompañó a los dos policías fuera de la habitación, y luego, por el amplio corredor hasta el cual llegaban los tibios rayos de sol a través de la ventana.

Dos puertas más allá, Scott se detuvo de pronto ante una puerta de acero encajada en un sólido marco metálico.

—¿Es ésta la puerta de la habitación de *sir* Mac Dullow?

—Sí, ésta es.

Scott observó media docena de agujeros del tamaño de dedos agrupados en el centro de la plancha de acero a la altura de los ojos de una persona normal.

—¿Cuál es el cometido de estos agujeros? ¿Sirven para ventilar la cámara tal vez?

—Usted ha acertado. Hasta que nuestro tío durmió en su alcoba la puerta no tenía agujeros, más al trasladar su cama aquí tuvo que practicar esas perforaciones para darle un poco de aire al interior.

—¿Puedo mirar?

—Sí. Sólo que no podrá ver nada. No hay luz en el interior. Cuando se construyó la cámara mi tío tapió la ventana, que en otros tiempos daba a la parte posterior del edificio.

Scott acercó los ojos a los agujeros, pero como había advertido Bertie Mac Dullow, nada pudo ver del oscuro interior.

Poco después Scott estrechaba la mano de Bertie Mac Dullow en el patio y, subiendo a su auto, con el sargento Mac Allister, emprendía el regreso a Heuvelton.

CAPÍTULO II

El lunes, según cuidadosas estadísticas, es el día de la semana en que los ingleses rinden por debajo de su nivel normal. Las estadísticas, sin embargo, no tenían en cuenta el caso particular de Milton Scott, el cual, por lo general, se había aburrido lo suficiente el sábado y el domingo para sentir deseos de reintegrarse a su trabajo la mañana de cada lunes.

Como cada lunes por la mañana, los compañeros del capitán Scott ofrecían en general cierto aspecto de cansancio y aburrimiento, en tanto que Scott aparecía fresco, descansado y optimista. Apenas entró en su despacho, Scott colgó su americana de la percha y se puso al trabajo.

El teléfono de su mesa repiqueteó poco después. Scott levantó el aparato y aplicó el auricular a su oído.

—Conferencia desde Heuvelton —anunció la muchacha encargada de la centralilla telefónica.

Antes que Milton pudiese expresar su extrañeza oyó la voz de barítono del sargento Mac Allister que decía:

—¿Capitán Scott? Soy el sargento Mac Allister, de Heuvelton.

—¿Cómo está usted, sargento?

—Le llamo para dar parte oficial de un suceso desgraciado ocurrido anoche en la localidad. ¿Se acuerda usted de *sir* Mac Dullow, el viejo tacaño al que visitamos la semana pasada? Pues bien, ha muerto esta noche.

—Usted se refiere sin duda a *sir* Allen Stefen Mac Dullow, ¿no es cierto?

—Sí, el mismo. La madrugada pasada, aproximadamente a las tres, se declaró un incendio en el interior de la cámara acorazada donde él dormía. Como usted recordará el viejo creía encontrarse a salvo detrás de media pulgada de acero de su habitación. Pues bien, todas las precauciones que tomó para que nadie pudiese entrar

fueron causa de su muerte. El hombre se achicharró vivo dentro de su caja antes que pudiésemos entrar perforando el techo desde la habitación de arriba. ¿Qué le parece a usted de esto?

Milton Scott guardó unos momentos de sorprendido silencio. En su imaginación reconstruyó los hechos tal como Mac Allister se los relataba. Veía a los asustados sobrinos y servidores de la casa intentando inútilmente forzar aquella sólida puerta de acero detrás de la cual el viejo Mac Dullow se asaba vivo. Probablemente los que intentaban salvarle invertirían no menos de una o dos horas en practicar un boquete por arriba a través del techo de cemento y acero que el viejo avaro había mandado construir para protegerse y proteger a su tesoro.

—¿Cómo ocurrieron los hechos?

La voz del sargento Mac Allister repuso desde el extremo opuesto de la línea:

—Nunca sabremos cómo sucedió, aunque se supone que se debió a un desgraciado accidente. Usted recordará que en el viejo caserón Mac Dullow se alumbraba todavía por el primitivo sistema de lámparas de petróleo. Mac Dullow tenía un quinqué sobre un velador junto a su cama. Creemos que se quedó dormido dejando el quinqué encendido, que el gato derribó accidentalmente la lámpara... la cual debió caer sobre la alfombra y derramar en está el petróleo. La alfombra ardería inmediatamente, comunicando su fuego a las ropas de la cama y luego a la madera del propio lecho. El pobre viejo debió arder así en medio de una gigantesca hoguera sin llegar a despertar siquiera.

—Y ustedes abrieron un agujero en el techo para tener acceso a la cámara acorazada, ¿no es así?

—Sí. Sólo que para entonces era demasiado tarde. En realidad fue peor el remedio que la enfermedad, pues al abrir el agujero el incendio que había debajo se incrementó con la nueva entrada de aire. Todo lo que había combustible en la habitación ardió sin remedio. ¿Verdad que resulta irónico que al parecerle caro el alumbrado eléctrico, el pobre *sir* Mac Dullow, tuviera que perecer víctima de su propia tacañería por culpa de un quinqué volcado?

—Ciertamente resulta de una ironía trágica. Lamento mucho lo ocurrido. Espero que envíe usted un informe escrito detallado sobre el suceso.

—Lo enviaré.

Después de colgar el teléfono, Milton Scott permaneció quieto unos minutos reflexionando en aquello que el sargento había calificado de ironía del destino.

En esta actitud meditabunda le sorprendió la entrada del superintendente Warburton.

—Hola, Scott. ¡Buenos días! —saludó el superintendente acercándose a la mesa del joven policía con un papel en la mano—. Vea esto. Es una carta del *lord* Herkimer que acabo de encontrar entre mi correspondencia. *Lord* Herkimer se interesa por el asunto de *sir* Allen Stefen Mac Dullow, recomendándome que tome el mayor interés por atender a las protestas de *sir* Mac Dullow. ¿Tiene usted listo su informe sobre el caso?

Antes de contestar, Scott tomó el pliego que le tendía Warburton y le echó una ojeada. Luego afirmó con la cabeza.

—Sí, el informe está preparado. Sólo que ya no va a servir para nada. *Sir* Allen Stefen Mac Dullow murió esta madrugada.

—¡Caramba! ¿Cómo lo sabe usted?

—El sargento Mac Allister del puesto de Heuvelton acaba de telefonarme su informe. Aproximadamente a las tres de la madrugada pasada se declaró un incendio en la habitación de *sir* Mac Dullow, habiendo perecido este abrasado antes que pudiesen llegar hasta él los auxilios que desde fuera intentaban prestarle su servidumbre y sus parientes.

—¡Vaya! —murmuró Warburton volviendo a coger la carta que Scott le devolvía. Jugueteó un instante con el papel, doblándolo y desdoblándolo entre sus dedos. Luego miró a Scott y preguntó—: ¿Se conocen las causas que concurrieron en el accidente?

—Se supone que el fuego fue provocado por una lámpara de petróleo que debió volcarse sobre la alfombra mientras la víctima dormía. Mac Dullow era un tipo raro. Tan desconfiado y avaro que guardaba en su propia casa el dinero y los valores que por lo general se confían a las cajas fuertes de los bancos. Mac Dullow se había hecho construir una especie de cámara acorazada provista de una puerta de acero con un sistema de cierre parecido al de las cajas de caudales. Nadie pudo penetrar en la habitación siniestrada hasta que se practicó un agujero en el techo de la misma. Pero para entonces era demasiado tarde y el viejo Mac Dullow había perecido

abrasado en su propia cama.

De nuevo Warburton quedó reflexionando en silencio. Luego dijo:

—*Lord* Herkimer es un personaje muy influyente. Dada la amistad que al parecer le unía a *sir* Mac Dullow y el interés que se ha tomado por éste, probablemente quiera conocer al detalle todo lo ocurrido. ¿Le molestaría a usted viajar hasta Heuvelton y examinar por sí mismo los hechos?

—Iré con mucho gusto —repuso Scott.

Fue así como por segunda vez en el espacio de pocos días, Milton Scott se encontró viajando en automóvil hacia la aldea montañesa de Heuvelton, sólo que en esta ocasión el día era gris y sombrío, y las montañas eran apenas visibles entre los jirones de la niebla que finalmente trajo una lluvia menuda y fría.

La noticia del siniestro ocurrido en el castillo de *sir* Mac Dullow había llegado demasiado tarde para ser insertada en los periódicos de la mañana. Sin embargo, en Heuvelton, Milton Scott vio varios taxis de Edimburgo que acababan de llegar con periodistas y fotógrafos de la ciudad.

El capitán Scott era bien conocido de los reporteros que usualmente se ocupaban de redactar la crónica de sucesos. Apenas había echado Scott pie a tierra ante el cuartel de policía local, cuando se vio rodeado de media docena de periodistas que le asaltaban a preguntas.

—¿Existe alguna posibilidad de que la muerte de *sir* Mac Dullow se deba a un incendio provocado para asesinarle? —preguntó un periodista.

—No sé nada del asunto —repuso Scott en un intento por desembarazarse cuanto antes de aquellos pelmazos.

—Pero usted está aquí. Y, puesto que usted ha venido a Heuvelton, algo habrá en todo esto que suscite las sospechas de la Policía.

—¿Le han mandado llamar quizá los parientes del muerto?

—Nadie me ha mandado llamar. Estoy aquí cumpliendo una misión de rutina.

—Eso es lo que dice usted.

Milton Scott se volvió con viveza hacia el periodista que acababa de hablar.

—Ustedes se las dan de inteligentes. ¿No han observado que vengo solo, sin acompañamiento de fotógrafos ni especialistas del equipo antropométrico? Este detalle por sí solo debería bastar para indicarles que no existe por el momento sospecha alguna de que el fallecimiento de *sir* Mac Dullow pueda deberse a otras causas que las puramente accidentales que parecen haber concurrido en el hecho. Y ahora déjeme en paz.

Milton Scott entró en el cuartelillo de policía. Pero el sargento no se encontraba allí.

—El sargento Mac Allister ha regresado al castillo en compañía del juez para levantar el atestado correspondiente —le informó el agente de guardia—. ¿Quiere que le acompañe alguien?

—No es necesario, gracias. Conozco el camino.

Los periodistas estaban interrogando a un grupo de comadres en mitad de la calle. Scott supuso que pronto aparecería en todos los periódicos del país una versión retorcida de los sucesos de Heuvelton, sin omitir una descripción gráfica de la nefasta atmósfera que envolvía al sombrío edificio ni los negros presagios de la víctima respecto a su próximo y dramático fin.

De nuevo en su automóvil, Milton Scott iba reflexionando sobre cada detalle del asunto, mientras a su alrededor las bajas nubes envolvían la cima de las montañas y dejaban caer sobre los oscuros bosques un menudo y frío aguacero.

La silueta del viejo caserón con su maciza torre rematada en una cúpula cónica se destacaba contra el fondo gris del paisaje volviendo a sugerir en la imaginación de Scott la imagen de un castillo encantado de un cuento de brujas y de hadas.

En el patio frente al castillo habían estacionados varios automóviles, inclusive un autobomba del servicio contra incendios de Greenlaw.

Cuando Scott iba a entrar en la casa, unos periodistas salían de esta cerrando sus cámaras fotográficas. El agente uniformado que montaba guardia junto a la puerta detuvo a Scott poniendo su mano sobre el brazo de éste.

Scott iba a mostrar sus credenciales de policía cuando escuchó la voz de Bertie Mac Dullow:

—¿Usted, capitán Scott? Celebro que haya venido. Se necesita aquí algo más que la autoridad del sargento Mac Allister para echar

fuera a todos estos periodistas. Son como el humo; abundantes, molestos y se filtran por todas partes.

Scott entró en la casa en compañía de Bertie Mac Dullow.

—Supongo que querrá ver usted el lugar del siniestro.

—Sí. Pero ¿han podido abrir la puerta?

—Hasta hace un instante. El acumulador que accionaba el dispositivo eléctrico de apertura se había quemado, y también la instalación. Wyllie arregló la avería y pudo abrir. Recuerde que había un pulsador eléctrico para que el pobre tío pudiese abrir desde dentro.

Mientras avanzaban por un pasillo y doblaban a la izquierda hasta el corredor que Scott había recorrido en su anterior visita a la casa, éste preguntó:

—¿Cuándo descubrieron el fuego en la habitación?

—La señorita Glenn fue la primera en advertirlo. Pero el fuego probablemente llevaba mucho tiempo ardiendo antes que este corredor se llenara de humo y despertara a la enfermera.

Todas las ventanas del corredor estaban abiertas de par en par. El suelo se hallaba espantosamente sucio de agua y barro amasado con hollín y en él se veían extendidas varias mangas. Aunque la intención evidente al abrir los ventanales había sido la de ventilar el corredor, imperaba a pesar de todo un fuerte hedor a carne socarrada.

Ante la puerta de la habitación siniestrada había un pequeño grupo de gente. El sargento Mac Allister salía en este momento en compañía de un hombre vestido de negro que llevaba una cartera de cuero bajo el brazo.

Mac Allister avanzó apresuradamente al encuentro de Scott.

—¿Han retirado el cadáver? —preguntó Scott.

—Sí, señor. Apenas compareció el juez Stone.

Dos hombres hablaban en voz baja ante uno de los ventanales abiertos. Al llegar Scott enmudecieron y quedaron mirándole atentamente.

Milton Scott se detuvo sólo un instante para estrechar la mano del juez Stone. Luego entró en la habitación en compañía del sargento.

Aparte la potente lámpara de gasolina que había sobre una maciza arca de acero en un rincón, iluminaba la habitación la luz

natural procedente de un agujero abierto en el techo a través de una capa de cemento y varillas de acero.

El piso era un charco de agua y barro negro. El lecho de madera había ardido completamente, así como un velador, un armario y otros muebles, ahora reducidos a un montón de negros tizones. Lo único que se había salvado de la destrucción era la cuadrada caja de caudales, completamente negra y chamuscada.

En el suelo, contra uno de los ahumados muros de cemento, medio sepultados entre los escombros, Milton Scott vio unos extraños objetos de latón retorcido.

—¿Qué es esto? —preguntó Scott empujando el montón de hojalata con el pie.

—Juguetes —repuso una voz a espaldas de Scott.

El capitán de detectives se volvió, encontrándose ante un hombre de regular estatura, de recia contextura y cabellos y pestañas rojizos, el cual calzaba botas y polainas y vestía una gruesa chaqueta de paño con refuerzos de cuero marrón en los codos.

Era uno de los hombres que hablaban en el pasillo cuando Scott llegó.

—Me llamo Orville Mac Mahon. Soy uno de los parientes del difunto. Sí, eso que usted ve son los restos de varios juguetes que el viejo tenía en una repisa de madera adosada a esa pared. Tío Allen era muy aficionado a ellos. Con frecuencia se negaba a reparar una cerca que se había caído y cuyo costo en materiales y mano de obra no excedía de tres o cuatro libras, y en cambio no le importaba gastar hasta veinte libras y más en cualquiera de esos juguetes mecánicos movidos por pilas. Los tenía de todas clases, se entretenía jugando con ellos como un niño y siempre iba a la caza de otros modelos para añadirlos a su colección...

El acento del hombre expresaba a la vez indignación y desprecio. Probablemente Orville Mac Mahon no habría gastado jamás su dinero en uno de aquellos juguetes tan caros, ni siquiera para dar satisfacción una sola vez al capricho de uno de sus hijos.

—Muchas personas mayores coleccionan trenes eléctricos de juguete, automóviles y otras novedades que por lo regular son demasiado caras y delicadas para confiarlas a los niños —dijo Scott a modo de justificación.

—Para mí, esa afición del viejo no dejaba de ser una chifladura

como otra cualquiera —declaró Mac Mahon adelantando desdeñosamente su grueso labio inferior.

Scott se volvió hacia Bertie Mac Dullow, el cual les había seguido al interior de la destruida cámara.

—¿Podría usted hacernos una descripción del lugar que ocupaba la cama y el resto del mobiliario de esta habitación?

Bertie Mac Dullow se mostró gustoso de hacerlo. El lecho quedaba en un rincón a la derecha de la puerta según se entraba. A su lado había un velador, en el cual *sir* Allen Stefen Mac Dullow solía tener algunos libros, que leía después de acostarse mientras esperaba el sueño.

—¿Padecía de insomnio? —preguntó Scott.

—Sí. A veces permanecía despierto hasta altas horas de la madrugada. Leía o se entretenía con sus juguetes, o dibujando alguno de sus nuevos proyectos.

—¿Tomaba somníferos?

—El doctor no se los permitía. Los había tomado otras veces, pero los somníferos están contraindicados para los enfermos del corazón.

—Es verdad, no lo había tenido en cuenta. *Sir* Allen Mac Dullow padecía insomnio, de acuerdo. ¿Quiere seguir describiendo la habitación tal como estaban los muebles anoche?

—Aquí, entre el lecho y esta pared, el tío tenía una butaca sobre la cual solía dejar su ropa. A los pies de la cama, en la misma posición que usted ve ahora, la caja de caudales. Junto a la caja y, entre ésta y la puerta, había un gran armario ropero. Al otro lado de la puerta, en aquel rincón, había una percha y varios trastos. En esa pared de la izquierda estaba la estantería tal como la ha descrito el primo Orville y en esta varios de los juguetes mecánicos que el tío traía a su habitación. También solía haber juguetes en la mesa, debajo del estante. Siguiendo el perímetro de la habitación, en aquel rincón tenía un armario lleno de libros. Entre ese armario y la chimenea estuvo en otros tiempos la ventana, que el tío ordenó tapiar al construir la cámara. Aquí había un viejo cesto de mimbre, con leños para el hogar. Después, un sillón y, a continuación, la chimenea a la derecha de la chimenea había otro sillón, luego el velador y la cama en el mismo orden que ya describimos.

—¿Y el gato?

—¡Ah, el gato! Demonio de bicho, él fue el causante de la catástrofe.

—¿Cómo era?

—¿El gato, quiere decir? ¡Oh, no tenía nada de particular! Era un gato corriente, de color pardo. El tío lo quería mucho. Siempre lo llevaba tras sus talones y dormía con él en esta habitación.

—¿Dormía sobre la cama de *sir* Allen?

—Bueno, no puedo decirle con exactitud. Un par de veces he visto a «Cherry» enrollado en el sillón que había junto a la chimenea, entre ésta y el velador. ¿Quiere conocer mi opinión acerca del accidente?

—Sí, por favor.

—Pues bien, las cosas según la idea que yo tengo debieron ocurrir, aproximadamente, así. Como todas las noches, tío Allen se retiró temprano a su habitación, esperó hasta que la señorita Glenn fue a ponerle su inyección y luego cerró la puerta. Se acostó, tomando un libro y poniéndose a leer. El gato quizá estuviera enroscado sobre la cama, cerca de sus pies, o tal vez estuviese roncando en su sillón favorito entre el velador y la chimenea. Después de leer un largo rato, tío Allen quedó dormido con el libro entre las manos. El gato debió sentir en cualquier momento la necesidad de cambiar de lecho. Quizá saltó de la cama al sillón o, bien al contrario, pasó del sillón a la cama utilizando como trampolín el velador en el cual descansaba la lámpara de petróleo. El quinqué estaría encendido y «Cherry» al saltar, debió derribarlo en el suelo. El petróleo derramado empaparía la alfombra y la llama de la mecha prendería en éste. El humo asfixiaría al tío y antes que éste pudiera despertar moriría achicharrado en su lecho convertido en una gigantesca hoguera.

Milton Scott asintió levemente con la cabeza. Luego preguntó:

—¿Tenía *sir* Allen el sueño ligero? O, más bien, aunque padecía de insomnio y, quizá por esto mismo, cuando finalmente se dormía, ¿lo hacía con el sueño pesado propio de quién se siente cansado?

—Yo creo que el viejo tenía el sueño más bien ligero. Cualquier pequeño ruido le despertaba, y cuando esto ocurría, por lo general, ya no podía volver a conciliar el sueño. A veces ocurría esto a altas horas de la madrugada. Entonces llamaba a Wyllie, se levantaba y se iba al taller, metiéndose a hacer ruidos que no nos dejaban

dormir a los demás.

—Dice usted que en esas ocasiones *sir* Allen llamaba a Wyllie. ¿Para qué le llamaba?

—Pues para que la ayudase a vestirse, naturalmente. No es que tío Allen no fuese capaz de vestirse por sí solo. Simplemente, le gustaba sentirse mimado como un niño.

—Pero más que eso le agradaba fastidiar a los demás —agregó Orville Mac Mahon con acento incisivo.

—¿De qué medios se valía *sir* Allen para llamar a su mayordomo? —preguntó Scott sin tomar en cuenta la interrupción—. ¿Utilizaba tal vez un timbre eléctrico?

—No. Recuerde que no tenemos instalación eléctrica en la casa. Había una campanilla —Bertie Mac Dullow señaló al policía cierto lugar cercano al techo en el rincón donde había estado la cama—. Vea todavía allí arriba el agujero por donde pasaba el cordón de la campanilla. James Wyllie duerme en la habitación de al lado.

—¿Quiere decir que el mayordomo duerme al otro lado de esta pared?

—Sí.

—Sin embargo, Wyllie no debió oír el ruido que hacía el quinqué al caer al suelo. Ni tampoco ese ruido fue capaz de despertar al anciano *sir* Allen, a pesar de tener éste un sueño muy ligero.

—Tal vez fuese un ruido muy pequeño. El quinqué probablemente caería sobre la alfombra, y hasta es posible que no llegara siquiera a romperse.

—Creo haber oído que había por aquí un pulsador eléctrico por medio del cual *sir* Allen podía abrir la puerta de la cámara sin necesidad de levantarse.

—Sí. Vea todavía el agujero en la pared donde estuvo atornillado. Era un pulsador de bacalita y en fuego lo destruyó.

—Según observo, ese pulsador estaba colocado más bajo que lo que es corriente. ¿Había alguna razón especial para ello?

—Yo mismo hice que lo pusiera ahí. Pensé que si el viejo tenía que utilizar el pulsador en un caso de emergencia, pudiera ocurrir que no tuviese fuerzas para levantar el brazo hasta un botón que estuviese situado más arriba. Tal como estaba colocado, el viejo podía alcanzarlo con sólo dejar caer la mano fuera del lecho.

—¿Alguno de ustedes tenía acceso frecuente a esta habitación?

—Sólo Wyllie entraba a diario, por la mañana, para ayudar al tío a vestirse, arreglar la cama y poner orden en la habitación. Luego acompañaba al viejo cuando éste venía a acostarse. También la enfermera entraba todas las noches para poner la última inyección al viejo.

—¿Puedo hablar con Wyllie y la señorita Glenn?

—Deben andar por ahí.

—Yo mismo iré a buscarles —dijo el sargento Mac Allister saliendo rápidamente de la habitación.

Milton Scott cruzó la habitación hasta la sólida caja de caudales que en el rincón, quedaba plenamente iluminada bajo la viva luz de la lámpara de gasolina que estaba encendida sobre ella.

—La caja no parece haber sufrido daños —observó Scott.

—El tío la construyó a prueba de fuego —repuso Bertie Mac Dullow.

—¿Han probado a abrirla?

—No. Antes de proceder a su apertura necesitamos una autorización del juez. Pero incluso entonces será difícil que podamos abrirla. Nadie conoce la combinación.

—Entonces, ¿cómo esperan abrirla? ¿Volándola con nitroglicerina tal vez?

—Tal vez tengamos que recurrir a los explosivos como último recurso, pero antes traeremos un especialista en cajas de caudales. Creemos que el testamento de *sir* Allen Mac Dullow está en el interior del arca.

—Y ustedes tendrán ansiedad por conocer las disposiciones testamentarias del anciano, ¿no es cierto? —preguntó Milton Scott sonriendo.

Bertie Mac Dullow correspondió con otra sonrisa.

—Sinceramente, así es.

—Salgamos de aquí, siento humedad en los pies —dijo Milton Scott dando media vuelta para dirigirse hacia la puerta.

Antes de salir de la habitación, sin embargo, Scott se detuvo a examinar la puerta por su parte interior. La puerta, del tipo de las utilizadas en las cámaras acorazadas, era de considerable espesor. El mecanismo de cierre quedaba oculto entre las dobles planchas, pero en su parte interior y, ocultando los agujeros de ventilación,

Scott advirtió una visera de acero caída en un ángulo tal que impedía a cualquier observador situado afuera ver lo que ocurría dentro a través de los agujeros.

En este momento apareció enmarcando la puerta la misma joven agraciada y rubia que el capitán había visto en el curso de su anterior visita al castillo.

—¿Quería usted hablar conmigo? —preguntó la enfermera con voz ligeramente entrecortada.

—Sí. Por lo que he entendido, usted inyectaba cada noche a *sir* Allen cuando éste se iba a acostar. ¿No es así?

—Sí, señor.

—¿Estuvo usted también aquí anoche?

—Sí. A las nueve, como todas las noches, vine con la jeringa preparada y llamé a *sir* Allen para que me abriese. *Sir* Allen estaba poniendo en orden algunos papeles sobre la mesa. Le inyecté, salí y él cerró la puerta.

—¿Hacía siempre lo mismo? ¿Llegaba siempre a la misma hora... le abría siempre *sir* Allen y era luego él quien cerraba por sí mismo?

—No. Generalmente Wyllie se encontraba en la habitación de *sir* Allen cuando yo llegaba a las nueve para ponerle la última inyección. Él era quien me abría y al salir salíamos juntos y Wyllie ayudaba a *sir* Allen a cerrar esa pesada puerta.

—¿Ha dicho usted que eso era lo que ocurría generalmente? ¿Quiere decir que anoche hubo una excepción?

—Únicamente la excepción que se repite todos los domingos por la tarde. James Wyllie no se encontraba en la casa.

Bertie Mac Dullow intervino para aclarar:

—Wyllie está casado y tiene dos niños. Su familia reside en Greenlaw y Wyllie va a verles todos los domingos, estando ausente de la casa hasta que regresa el lunes a primera hora.

—Así pues, Wyllie como todos los domingos se encontraba en Greenlaw. Por consiguiente, *miss* Glenn, usted fue la última persona que vio vivo a *sir* Allen Mac Dullow. ¿No es cierto?

—Creo que... que así fue —murmuró la enfermera mirando confundida a Bertie y Mac Mahon.

—¿Y qué me dice usted del gato? —preguntó Milton de repente. La joven le miró ahora sorprendida.

—¿El gato? —repitió.

—Sí, «Cherry». ¿Estaba el gato aquí dentro anoche cuando usted llegó para inyectar a *sir* Allen por última vez?

—Supongo que el gato estaría aquí como siempre.

—No quiero suposiciones, señorita Glenn. Medite usted con cuidado su respuesta. Trate de recordar. ¿Vio anoche el gato o no lo vio?

Frances Glenn inclinó la cabeza y pareció contemplar por espacio de un minuto los enlodados zapatos del detective. Luego levantando los ojos miró a Scott y afirmó:

—Sí. Ahora lo recuerdo bien. «Cherry» estaba enroscado en el sillón junto a la chimenea. De pronto saltó al velador, pasó haciendo tambalear el quinqué y fue a echarse en la cama. Muchas veces hacia lo mismo. El gato sabía por costumbre que después de inyectar yo a su amo éste se metería en cama al instante.

—¿El gato seguía sobre la cama cuando usted abandonó la habitación?

—Supongo que sí. La verdad es que no me fijé. El gato iba siempre tras los pasos de *sir* Allen y yo estaba tan acostumbrada a verle andar por la habitación que le consideraba casi como un objeto más del mobiliario.

Milton Scott se volvió bruscamente hacia Bertie Mac Dullow.

—¿Han encontrado el cadáver del gato?

Bertie Mac Dullow y Mac Mahon cruzaron entre sí una mirada de perplejidad.

—La verdad es que nadie se ha preocupado del gato hasta ahora —dijo Mac Mahon—. ¿Qué importancia puede tener eso?

—Si el gato provocó el incendio, entonces debe encontrarse todavía en esta habitación.

CAPÍTULO III

En la taberna de «El Montañés» los vecinos de Heuvelton se reunían al término de una jornada de trabajo para animar el comentario alrededor de unos jarros de cerveza.

Con su propio jarro ante sí, el capitán Milton Scott fumaba lentamente su pipa en un rincón de la taberna. El sargento Mac Allister entró y con su entrada se hizo súbito y expectante silencio. El aspecto del sargento, con las ropas manchadas de hollín y los pies húmedos justificaba en parte la sorpresa de los parroquianos de «El Montañés».

Cruzando entre las mesas, Mac Allister fue a tomar asiento junto al capitán Scott.

—¿Y bien? —preguntó Scott.

Mac Allister sacudió su roja cabeza mientras dejaba su gorra sobre el asiento de una mesa contigua.

—Lo removimos todo levantando cada pulgada de aquel maldito hollín. El gato no apareció por parte alguna.

Milton Scott asintió:

—Me lo figuraba.

—¿Cómo es posible que el maldito gato saliese de una cámara como aquélla, ni a través de unos muros de cemento ni una puerta de acero?

—Naturalmente, el gato no pudo salir filtrándose por las paredes. ¿Anunció el juez Stone el día y hora en que tendrá lugar la encuesta?

—El juez ha citado a parientes y vecinos para las doce del mediodía de mañana.

Scott estudió el aspecto de cansancio que ofrecía el sargento.

—Está usted fatigado, ¿no es cierto?

—¡Figúrese! Desde que me despertaron aporreando en mi puerta poco después de las cuatro de la madrugada no he parado un solo

momento.

—De acuerdo, vaya a cenar y acostarse. Mañana temprano quiero que tenga listo un equipo de hombres previstos de azadas dispuestos a cavar.

Mac Allister dio un respingo de sorpresa.

—¿Ha dicho dispuestos a cavar?

—Él cadáver de ese condenado gato debe estar enterrado en algún lugar en los alrededores del castillo. Sus agentes deben buscar señales de tierra recientemente removida, y allí donde las encuentren cavarán en busca del cuerpo del gato —Milton Scott se puso en pie—. Regreso a Edimburgo para informar al superintendente Warburton, pero estaré de regreso mañana muy temprano.

Era ya bastante tarde cuando Milton Scott llegó a Edimburgo. El superintendente Warburton ya había dejado su despacho mucho antes, así que Scott decidió ir a buscarle a su domicilio.

Milton Scott llamó a la puerta del superintendente Warburton en el preciso momento en que éste se disponía a irse a la cama. Warburton contempló extrañado a su joven subordinado; mas, a petición de éste, le introdujo en su despacho.

Milton Scott sólo estuvo media hora en casa del superintendente Warburton. Poco después estaba tomando una cena fría en un restaurante y de aquí se fue directamente a la cama.

A las cuatro de la mañana Scott estaba afeitándose cuando se oyó en la calle el claxon del automóvil que le esperaba abajo.

Todavía con el sueño pegado a los párpados y la boca pastosa, Milton Scott bajó a la calle y cruzó la acera bajo un intenso aguacero, metiéndose en el coche.

La niebla y el estado de la carretera retrasaron la marcha durante la ascensión a la montaña. Llovía en Heuvelton cuando Milton Scott saltó del automóvil oficial, a las siete de la mañana, ante el cuartel de policía. El sargento Mac Allister había salido hacía ya más de una hora con un grupo de hombres en una camioneta.



La niebla y la lluvia retrasaban su marcha...

Scott invitó a su conductor uniformado a tomar una taza de café en la taberna «El Montañés».

Reconfortados con el café y una copa de coñac previamente calentado, Scott y su conductor volvieron al automóvil, tomando el camino del castillo. En aquellos momentos se desprendía de las

nubes bajas y oscuras un menudo y frío aguacero.

En el castillo reinaba absoluta tranquilidad cuando el automóvil cruzó el puentecillo de madera sobre el arroyo y fue a detenerse en el patio frente a la casa.

La recia puerta del castillo estaba cerrada. Milton tiró de la cadena, oyéndose dentro el apagado repiquetear de una campanilla.

Mientras Scott contemplaba el sombrío paisaje bajo el aguacero y la bruma, se percibió al otro lado de la puerta el ruido de una barra metálica que se descorría. El portillo se abrió y, al volverse de nuevo, Scott se encontró frente a la señorita Sinclair, la cual le miraba sorprendida.

—Buenos días —saludó Scott llevándose la mano enguantada al ala del sombrero—. ¿Puedo pasar?

La muchacha se echó a un lado franqueándole el paso.

—Comprendo que es muy temprano todavía, pero a mí me gusta madrugar —dijo Scott—. ¿Puedo inspeccionar la habitación de *sir* Allen Mac Dullow?

—¿Quiere que le acompañe o conoce usted el camino?

—Si no le importa me gustará que me guíe usted.

La muchacha asintió con un leve movimiento de cabeza y, poniéndose delante de Scott, guió a éste a través del oscuro corredor, teniendo a la derecha la escalera, hasta el pasillo que se unía a éste perpendicularmente.

—¿Quiénes ocupan estas habitaciones en la planta baja? —preguntó Scott.

La muchacha se detuvo ante la primera puerta que enfrentaba al pasillo por el cual acababan de llegar.

—Ésta es mi habitación. La puerta que ve a continuación corresponde al cuarto de James Wyllie. Luego viene la cámara de *sir* Allen, y a continuación la habitación de la señorita Glenn y al extremo del pasillo el señor Bertie Mac Dullow.

—¿Estás habitaciones de la planta baja se corresponden con otras de idéntica distribución en el piso de arriba?

—Sí.

—En el mismo orden que usted acaba de enumerar, ¿quiénes ocupan las habitaciones de arriba?

—Encima de mi cuarto está el de la señorita Anny Keyes. Sobre la de Wyllie está la alcoba de los señores Keyes. El matrimonio Mac

Mahon ocupa la habitación sobre la cámara del señor Allen cuando vienen los fines de semana. La señorita Alicia Mac Mahon y el señorito Mac Mahon ocupan las dos habitaciones siguientes al fondo del corredor.

Milton Scott asintió levemente, indicando a la joven con un gesto que podía continuar. La señorita Elaine Sinclair abrió una ventana, por la cual la luz del día irrumpió hasta el ancho y destartelado corredor.

—¡Ah, veo que han limpiado todo esto! —observó Scott.

—Sí, aprovechamos para limpiar esto ayer tarde cuando vino el sargento Mac Allister y sacamos todo lo que había en la habitación de *sir* Allen.

Habían llegado ante la habitación siniestrada y Elaine Sinclair se volvió hacia el policía, inquiriendo:

—¿Necesita algo más de mí, señor?

—¿Tiene usted tanta prisa?

—Tengo trabajo en otros lugares de la casa —repuso la joven, secamente.

—A propósito de su trabajo, señorita Sinclair: ¿qué misión específica desempeña usted en la casa? ¿Es una ama de llaves? ¿Es una señorita de compañía o simplemente una criada?

—Soy el ama de llaves. Pero quizá acierte usted al decir que soy también criada para todo. La casa es bastante grande y a *sir* Allen no le gustaba pagar demasiados sueldos a la servidumbre. Aparte Wyllie y yo sólo hay en la casa una cocinera y una mujer de Heuvelton, que viene a ayudarnos dos veces por semana en la limpieza. En ocasiones, especialmente los fines de semana, cuando los parientes de *sir* Allen vienen al castillo, tengo que servir la comida y efectuar otros pequeños servicios como cambiar las sábanas de las camas, poner orden en las habitaciones, vaciar los ceniceros y ayudar a Clara en la cocina.

—A pesar de lo cual, me figuro que no percibe usted un sueldo demasiado elevado.

—El dinero no siempre es lo más importante. Yo nací en esta casa, me crié aquí y me siento vinculada a ella por los lazos afectivos del agradecimiento. Mi madre murió en esta casa cuando yo me encontraba estudiando en un colegio de Londres. Tenía entonces catorce años, y realmente no sé lo que hubiera sido de mí

si *sir* Allen no me hubiese tomado bajo su protección corriendo de cuenta suya los gastos de mis estudios. De todos modos, yo no era muy buena estudiante. A los dieciséis años abandoné el colegio y regresé a Heuvelton. Hubiese podido aceptar cualquier otro empleo de contable o mecanógrafa, en Londres, pero *sir* Allen me rogó que me quedase a su lado y me quedé.

—Comprendo. Y, dígame, señorita Sinclair: ¿qué sueldo ha percibido usted desde entonces?

—Había un acuerdo entre *sir* Allen y yo —repuso la muchacha evasivamente.

—¿Qué clase de acuerdo?

La joven le miró incomodada. Scott creyó que ella iba a negarse a contestar a su pregunta, pero en lugar de esto la muchacha repuso:

—No percibía ningún sueldo. *Sir* Allen me daba una pequeña cantidad para atender a mis gastos menudos. Habíamos acordado que él retendría mi paga para que, de esta forma, si algún día llegaba a casarme, pudiese reunir de una sola vez todos mis ahorros constituyendo una modesta dote.

—¿Cuántos años lleva usted al servicio de la casa, *miss* Sinclair?

—Doce años.

—Así, sólo cuenta usted veintiocho años —exclamó Scott, mirándola sorprendido—. Me había parecido que era mucho mayor.

Las pálidas mejillas de la muchacha enrojecieron levemente. Milton se apresuró a decir:

—¡Oh, no es que quiera decir que parezca usted más vieja de lo que es! Debe ser su aspecto serio, la forma de vestir y ese peinado especial la que le confieren ese aire de persona mayor. ¿Así que lleva usted doce años al servicio de *sir* Mac Dullow? Poniendo que le hubiera pagado a razón de doscientas libras al año, en estos momentos debe haber un saldo a su favor por dos mil cuatrocientas libras. No es mala dote. Pero, dígame: ¿piensa que podrá cobrar esa deuda ahora que *sir* Mac Dullow ha muerto?

—*Sir* Allen me prometió que no perdería ese dinero.

—Probablemente, ésa no dejaría de ser una promesa muy vaga. ¿Qué ocurriría ahora si *sir* Allen no se hubiera acordado de usted en su testamento? Incluso es posible que el viejo no hiciese testamento. ¿Qué sabe usted acerca de todo esto?

—Sé que hay un testamento.

—¿Usted lo ha visto?

—No. Pero sé que existe y está guardado en alguna parte. El propio *sir* Allen lo mencionó en diversas ocasiones. Siempre me decía que no tenía que preocuparme por mi porvenir.

Por una de las ventanas que la señorita Sinclair había abierto, llegó desde el exterior el ruido de un motor de automóvil que en aquellos instantes se detenía en el patio de la casa. La señorita Sinclair fue a mirar por la ventana y Scott la siguió, viendo por encima del hombro de la joven al automovilista que saltaba del coche.

—¿Quién es? —preguntó Scott.

—Él doctor Waltari.

—¡Ah, el doctor Waltari! Fui a visitarle el día que estuve en Heuvelton por primera vez, pero no le encontré en su casa. Por cierto, hacía más viejo al doctor.

—Joel tiene ahora treinta y dos años —dijo la muchacha distraídamente.

—¿Joel?

—Quiero decir el doctor Waltari.

Scott no podía ver ahora el rostro de la muchacha, pero adivinó que enrojecía.

—¿Desde cuándo asistía a *sir* Allen el doctor Waltari?

—Hace un par de años aproximadamente.

—¿Qué doctor visitaba antes a *sir* Allen Mac Dullow?

—El doctor Waltari, padre. Desde que el abuelo del actual doctor Waltari se estableció en la aldea de Heuvelton, los Waltari han sido siempre los médicos de la casa. Hace dos años el doctor Waltari enfermó y su hijo Joel vino de Nueva Zelanda, donde llevaba viviendo ocho años. Al morir el viejo doctor Waltari, Joel tomó a su cargo la clientela de su padre, y entre sus más antiguos clientes a *sir* Allen Mac Dullow.

—¿Querrá decirle al doctor Waltari que me gustaría charlar unos momentos con él?

—Sí, se lo diré —dijo la muchacha. Y sin mirar de nuevo a Scott se apartó de la ventana, alejándose con paso vivo por el corredor.

Milton Scott permaneció todavía unos instantes junto a la ventana siguiendo con aire pensativo a la muchacha que se alejaba.

Verdaderamente, era imperdonable su confusión respecto a la edad de la joven. Su aire formal, su severa ropa y su nada favorecedora forma de peinarse, acaso pudieran hacerla parecer más seria y madura de lo que correspondía a una chica de su edad. Pero bastaba observar la tersura aterciopelada de sus mejillas, el fulgor de sus ojos y su ágil paso, para comprender que no tenía más de veintiocho años.

Milton Scott cruzó el corredor y entró en la cámara acorazada, donde *sir* Allen Stefen Mac Dullow había encontrado la muerte la víspera, en dramáticas circunstancias.

El sargento Mac Allister y sus hombres, con la colaboración de la servidumbre de la casa, habían limpiado la habitación alineando ordenadamente junto a los muros una serie de objetos, cada uno de ellos con su correspondiente tarjeta de identificación. Sobre el arca de caudales estaba todavía la lámpara de gasolina.

Unos minutos más tarde, Milton Scott se encontraba en cuclillas examinando los restos de un quinqué de petróleo, cuando oyó el suave rumor de unos pies calzados con chanclos, y bloqueó el hueco de la puerta la figura de un hombre de mediana estatura, bastante grueso, y que vestía un impermeable de celofán, conservando en una mano un sombrero de lona impermeabilizada y en la otra una gran cartera de cuero negro.

—Adelante, doctor. Pase usted —dijo Scott, poniéndose en pie.

Joel Waltari pasó la cartera a su mano izquierda y avanzó la diestra tendiéndola abierta al policía.

—Supe que había estado usted en mi casa la semana pasada. Sentí mucho haber llegado cuando usted ya se había marchado.

—Era ya demasiado tarde y tenía que regresar a Edimburgo. Por otra parte, en aquel entonces, mi visita tenía un interés relativo. Quise preguntarle si realmente los temores de *sir* Allen Mac Dullow tenían una sombra de fundamento o se debían, por el contrario, a un estado síquico de desequilibrio mental. Sólo demasiado tarde hemos sabido que Mac Dullow no estaba tan loco como parecía, y que sus presentimientos se fundaban en algo real que él sentía a su alrededor.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Joel Waltari mirando al policía con extrañeza—. ¿Acaso no se ha demostrado con suficiencia que la muerte de *sir* Allen se debe a circunstancias puramente casuales?

—Lo que en este caso se ha pretendido demostrar puede quedar muy lejos de lo que realmente se ha demostrado —dijo Scott.

Joel Waltari parecía dispuesto a pedir una aclaración a las misteriosas palabras del policía cuando entró en la habitación Bertie Mac Dullow, el cual vestía un atractivo suéter que, haciendo honor a la verdad, le sentaba muy bien.

—¡Caramba, qué madrugadores son ustedes! —exclamó Mac Dullow, dando una palmadita amistosa en la espalda del doctor—. ¿Vino usted para asistir a la encuesta, señor Scott? El juez Stone no llegará hasta el mediodía.

—Ahora que está usted aquí, Bertie, ¿me permite hacerle una pregunta? —dijo Scott.

Bertie Mac Dullow sonrió mostrando su colmillo de oro.

—Todas las que usted quiera, capitán.

—Usted ocupa la última habitación al final del corredor. Por consiguiente, debió cruzar por delante de esta puerta cuando se retiraba a su cuarto. ¿A qué hora pasó usted por aquí, aproximadamente?

—Debían ser las nueve y media. Habíamos cenado a las ocho, pero después pasamos a la biblioteca y estuvimos escuchando la radio de transistores de mi sobrino John, enterándonos del resultado de los partidos de fútbol de la tarde del domingo. Todavía nos entretuvimos allí casi una hora discutiendo la marcha de la Liga. Mi primo Orville se quejó de que el lunes por la mañana tendrían que madrugar para regresar a su granja. La reunión se disolvió y cada uno marchó a su cuarto. Deberían ser las nueve y media cuando yo pasé por aquí.

—¿No vio si salía luz del interior de esta habitación por la rendija de abajo de la puerta o esos agujeros de ventilación?

—Si observa usted esa puerta verá que no hay rendija alguna por debajo capaz de dejar escapar un rayo de luz. En cuanto a los agujeros de ventilación, podrá observar que hay por la parte interior una especie de visera o pantalla que impide mirar directamente adentro.

—Sin embargo, algún resplandor debería salir por debajo de esa pantalla hasta los agujeros de la parte de afuera.

—Seguramente podría verse algún resplandor si el corredor estuviese a oscuras. Pero yo llevaba mi candelabro en la mano, de

modo que la propia luz de mis velas anularía cualquier pequeño resplandor que procediese de la habitación a través de esos agujeros.

—Sí, eso es cierto. No había caído en ello —dijo Milton Scott con acento de disculpa.

Bertie Mac Dullow no demostró sentir el menor interés en proseguir aquella charla. Volviéndose hacia el médico le preguntó:

—¿Has venido a desayunar con nosotros, Joel?

—No. Pasaba en dirección a la granja de Maxwell y me detuve solamente para ver cómo iban las cosas por aquí.

—Pero te quedarás a tomar una taza de café cuando menos —Bertie se echó a reír—. Recuerda que ahora que ha muerto mi tío me considero, en parte, dueño de la casa, habiendo cesado el régimen de economías que a él tanto le gustaba imponernos. De ahora en adelante, el café de esta casa será por lo menos tan bueno como el de cualquier otra.

Pese a la chanza de Bertie Mac Dullow, el doctor Waltari no demostró el menor deseo de reír.

—Gracias de todos modos. Pero tengo prisa.

Bertie Mac Dullow salió acompañando al doctor Waltari y Scott volvió a quedar solo en la habitación.

De nuevo en cucullas, el capitán Scott estuvo largo rato examinando el montón de hojalata que el sargento Mac Allister había señalado vagamente escribiendo la palabra «juguetes» en el dorso de una tarjeta de visita. Separando diversas piezas a derecha e izquierda, Scott llegó a hacer un montoncito con los restos de cada uno de los juguetes. Había casi una docena de ellos. Scott estaba examinándolos cuando percibió a sus espaldas una voz alegre que decía:

—¡Hola!

Scott volvió la cabeza, viendo a un joven de veintidós o veintitrés años que le sonreía desde la puerta.

—Soy John Mac Mahon —dijo el muchacho entrando en la cámara—. Usted debe ser el capitán Scott de la Policía de Edimburgo. ¿Cómo está usted?

Scott se puso en pie para corresponder al apretón de manos del muchacho. Éste señaló los montoncitos de chatarra chamuscada que Scott había alineado en el suelo contra el muro.

—Creo que ha mezclado usted piezas de unos juguetes con las de otros.

—¿De veras? No soy muy entendido en materia de juguetes, lo reconozco.

—Entonces es que no tiene usted chicos.

—No. Soy soltero —informó Scott, y se echó a reír.

John Mac Mahon se puso en cuclillas junto a Scott, empezando a seleccionar rápidamente varias piezas sueltas que antes habían intrigado profundamente al policía.

—Lástima —murmuró el joven contemplando su obra—. Eran una estupenda colección de juguetes antes que el fuego los destruyese. Vea este tractor, por ejemplo. Era el juguete favorito de tío Allen. Con su pequeño motor de émbolo de dos tiempos marchaba con gasolina como un tractor de verdad. Incluso tenía su elevador hidráulico y su traílla. Recuerdo el día que lo estrenamos. Tío Allen y yo nos pasamos toda una mañana de domingo haciendo maniobrar el tractor por control remoto, arando una pequeña parcela de cien pies cuadrados fuera de la casa. El tractor, con su equipo incluido, costó cincuenta y cuatro libras. ¡Oh, papá tomó un berrinche cuando lo supo!

—El señor Mac Mahon no aprobaba los despilfarros de *sir* Allen en materia de juguetes, ¿verdad?

—Papá se ha criado pegado al terruño y no puede comprender esto. Recuerdo que de niño estaba yo loco por un tren eléctrico. Pues, bien, nunca me lo compró.

—¿Es usted uno de esos aficionados a coleccionar juguetes eléctricos?

—Jamás he poseído ninguno. Pero me desquitaba los fines de semana cuando veníamos aquí y me reunía con tío Allen en su taller. ¿Quiere saber una cosa? Tío Allen me prometió dejarme su colección de juguetes mecánicos en su testamento.

—Pues, no ha quedado mucho servible de su herencia —observó Scott.

La conversación quedó interrumpida en este instante por una voz hombruna que llamaba:

—¡John! ¿Puede saberse qué estás haciendo ahí?

El muchacho se puso en pie sacudiendo sus manos manchadas de hollín.

—Es mi madre —dijo John Mac Mahon a modo de disculpa.

La rolliza matrona entró en la habitación y se detuvo, clavando sus azules e inquisitivos ojos en la cara de Scott.

—Usted debe ser ese polizonte que estuvo ayer aquí husmeando por todos los rincones.

—En efecto —repuso Scott conteniendo a duras penas su risa—. Pero no lo tome a mal. El oficio de los polizontes consiste precisamente en ir husmeando por todas partes.

—Pues, no lo haga aquí. Nadie ha requerido sus servicios, al menos que yo sepa.

—No se trata de que ustedes hayan solicitado mis servicios, señora Mac Mahon. Cuando una persona fallece en circunstancias sospechosas, la misión de la Policía consiste en investigar los hechos para determinar las causas que provocaron el accidente.

—¡No querrá usted decir que hay algo sospechoso en el accidente que costó la vida al viejo Mac Dullow! —exclamó la mujer con aspereza.

—Esperaremos a ver lo que dice el juez Stone en el curso de la encuesta, ¿no le parece?

Soltando un bufido despectivo, la señora Mac Mahon abandonó la habitación llamando a su hijo:

—Vamos, John. Las tostadas del desayuno van a ponerse correosas.

Milton Scott abandonó a continuación la cámara, marchando en dirección opuesta a los Mac Mahon. En su visita del día anterior, Scott había creído advertir la existencia de una puerta falsa al final del corredor, detrás de la escalera de caracol que comunicaba la planta baja con el piso.

La puerta, en efecto, estaba allí, asegurada por el lado de adentro con una gruesa barra de hierro. Scott marchó por el pasillo, abrió la puerta y salió de la casa. Alejándose de ésta, cruzó el prado y atravesó el puente de madera, reuniéndose con el sargento Mac Allister, que dirigía el trabajo de unos cuantos hombres envueltos en impermeables, que manejaban palas y azadones entre los árboles.

El juez Stone llegó unos minutos antes del mediodía tripulando una vieja camioneta «Morris» bajo el aguacero.

Un poco retrasado, el capitán Milton Scott cruzó el vestíbulo y

entró en la biblioteca, donde la familia se hallaba reunida al calor del fuego que ardía en la chimenea.

Se hallaban presentes, unos de pie, otros sentados en los divanes y las sillas, míster Orville Mac Mahon y su esposa, además de sus dos hijos John y Alicia. Edgar Keyes, alto, flaco y distinguido, ocupaba uno de los divanes en compañía de su esposa, una granjera de Greenlaw, vestida un poco extravagantemente con una falda escocesa y un largo chaquetón de paño con refuerzos de cuero en los codos y en el hombro derecho, con el cual parecía más bien dispuesta a salir de caza que a asistir a una reunión familiar.

La señorita Anny Keyes, una solterona alta y seca que andaba por los cuarenta años de edad, aparecía sentada, muy tiesa, en una silla teniendo junto a ella a Bertie Mac Dullow.

James Wyllie estaba echando troncos en la chimenea. La señorita Elaine Sinclair entró a última hora acompañada del doctor Joel Waltari, quedando ambos junto a la puerta, de pie ante los estantes repletos de libros.

—Nos hemos reunido aquí —dijo el juez Stone— para, a la vista de los testimonios y los datos que poseemos, establecer las circunstancias en que halló la muerte nuestro vecino y buen amigo *sir* Allen Stefen Mac Dullow. A la vista de los testimonios presentados, parece ser que en la noche del pasado domingo, nuestro infortunado *sir* Allen Mac Dullow, pereció víctima de un incendio casual provocado por una lámpara de petróleo. Puesto que encontramos el cadáver de *sir* Allen entre los restos carbonizados de su propio lecho, parece demostrarse que el incendio, y en este caso la muerte, le sorprendió en pleno sueño sin que la víctima llegase a darse cuenta siquiera de lo que ocurría. *Sir* Allen, como todos sabemos, acostumbraba a tener en su habitación a un gato llamado «Cherry», el cual, en repetidas ocasiones, había demostrado su afición a pasar del lecho de *sir* Allen a un sillón que había contiguo a la chimenea entre ésta y el velador donde descansaba el quinqué de petróleo. Nos consta, por otra parte, que, siendo *sir* Allen Mac Dullow propenso a sufrir de insomnio, éste acostumbraba a leer en la cama hasta quedar dormido, en ocasiones dejando encendida la lámpara de petróleo sobre el contiguo velador. En la noche de autos, la lámpara debió quedar encendida, como otras veces, sobre el velador. En un momento determinado, quizá entre las tres y las

cuatro de la madrugada, el gato saltó del lecho de *sir* Allen a su sillón, o bien del sillón pasó al lecho de *sir* Allen a través del velador, derribando la lámpara, que seguía encendida sobre éste. La lámpara al caer se rompería, o simplemente derramaría el petróleo sobre la alfombra, la cual, en contacto con la llama, debió arder rápidamente prendiendo fuego a las ropas del lecho donde dormía la víctima. Como ocurre casi siempre en estos casos, el humo debió asfixiar a la víctima sumiéndole en un estado de inconsciencia en el cual *sir* Allen Mac Dullow no pudo sentir el calor del fuego. Por consiguiente, la víctima pereció entre las llamas de su propio lecho sin llegar a despertar jamás de su sueño. Establecidas de este modo las pruebas, sólo procede declarar que la muerte de *sir* Allen Stefen Mac Dullow fue debida a circunstancias accidentales, sin que persona o personas algunas intervinieran en su muerte, ni intencionada ni casualmente.

—Esperen un momento —dijo aquí Milton Scott avanzando hacia el centro de la habitación.

Todos los ojos se volvieron a mirar al policía con expresión entre disgustada y recelosa.

—¿Tal vez el capitán Scott tiene algo que agregar a este informe? —preguntó el «coroner».

—Las suposiciones sobre las cuales se dispone usted a certificar la muerte de *sir* Allen Mac Dullow son completamente erróneas. *Sir* Allen Stefen Mac Dullow murió asesinado.

Reinó profundo, estupefacto, silencio. Luego, Orville Mac Mahon se puso bruscamente en pie y dijo:

—¿Qué necedad es ésa de que nuestro tío murió asesinado?

—¿Por qué le sorprende eso, señor Mac Mahon? —repuso Scott, incisivamente—. Si el espíritu de *sir* Allen Mac Dullow pudiese ser llamado a comparecer en esta encuesta, él nos diría que su dramático final no le sorprendía nada. En realidad, él presentía que tenía que morir violentamente.

—¡Tonterías! Que tío Allen pensara así no tiene nada de particular. Estaba loco. Otra cosa bien distinta es que alguien pretenda hacer pasar por asesinato lo que a todas luces fue un accidente casual.

—Siento mucho tener que contradecirle, señor Mac Mahon. No hubo tal accidente. El fuego fue provocado por alguien que entró en

la cámara acorazada la noche del domingo... o, más bien, la madrugada del lunes para ser más exacto.

—¿Cómo podría entrar nadie en aquella cámara forzando la puerta o los muros? —interpuso Edgar Keyes desde su confortable diván—. Sabemos que nadie podía entrar allí, a menos que tío Allen facilitase la entrada desde el interior.

—Correcto, señor Keyes. Eso fue precisamente lo que ocurrió. En la madrugada del lunes, *sir* Allen Mac Dullow se sintió repentinamente enfermo. Probablemente, en su apurada situación no pensó que en tal día y a tal hora el mayordomo, señor Wyllie, se encontraba ausente. *Sir* Mac Dullow tiró de la campanilla y luego apretó el botón, que por un dispositivo eléctrico descorría los cerrojos de la puerta acorazada. Wyllie no se encontraba en la casa y, por tanto, no pudo acudir a la llamada de socorro de *sir* Allen. Pero alguien oyó la campanilla y acudió a la habitación. La persona que llegó junto al lecho de *sir* Allen encendió el quinqué, vio al anciano desvanecido en su cama y también al gato que dormía acurrucado en el mismo lecho o en el sillón contiguo al velador. El asesino quedó escuchando atentamente mientras en su cerebro desarrollaba rápidamente un maquiavélico plan. Miró de *sir* Allen al gato y de éste a la lámpara de petróleo que había sobre el velador. Cruzó la habitación, se asomó al corredor y escuchó atentamente hasta asegurarse de que todo en la casa seguía en silencio. Entonces regresó junto al lecho de *sir* Allen, cogió el quinqué y lo depositó tumbado sobre la alfombra. Durante unos instantes se quedaría observando cómo el petróleo se derramaba de la lámpara empapando la alfombra, y cómo la llama del quinqué se extendía sobre la alfombra, que pronto empezaría a arder, lamiendo con sus llamas las ropas de la cama. El asesino salió rápidamente de la habitación. Su crimen sería un crimen perfecto... excepto por un detalle que quizá no advirtiera. El gato, a la vista del fuego, brincó y salió corriendo de la habitación. ¿Se dio cuenta el asesino de la fuga del gato? Tal vez no lo advirtiese en su excitación, o acaso lo advirtió y no pudo alcanzar al animal... O tal vez se consoló pensando que nadie se acordaría de buscar los restos carbonizados de «Cherry» en la destruida habitación. El asesino salió, cerró la puerta tras sí y volvió a su lecho. Así fue cómo se cometió el crimen.

Un silencio abrumador siguió al discurso de Milton Scott. Los miembros de la familia Mac Dullow se miraron entre sí desconfiadamente.

Retorciendo sus delgadas y sarmentosas manos en el regazo, la señorita Anny Keyes gimió con delgada voz:

—¡Dios mío! ¿Es posible que haya entre nosotros un asesino?

De nuevo reinó abrumador silencio. Súbitamente, Edgar Keyes se puso de pie.

—¡Oh, no! —exclamó indignado—. Yo al menos no permitiré a ningún obtuso polizante arrastrar mi nombre por el fango poniendo en entredicho mi honorabilidad. ¿Por quién nos ha tomado usted, capitán Scott?

—Yo digo lo mismo —dijo Orville Mac Mahon mirando a su alrededor a sus parientes para clavar, luego, sus furiosos ojos en la figura del policía—. ¿Por quién nos toma este hombre?

—Acusarnos de asesinos... ¡Sólo porque no se encontró el cadáver de ese estúpido gato! —exclamó la señorita Keyes. Y rompió a llorar histéricamente.

—Supongamos que el gato no estuviera en la habitación —dijo Edgar Keyes, sombríamente—. ¿No pudo caerse la lámpara sola? ¿O no pudo ocurrir que tío Allen se sintiese enfermo, que intentase levantarse, y al apoyarse en el velador derribase éste y la lámpara antes de caer desvanecido?

—Todo eso pudo ocurrir, sólo que no ocurrió —repuso Scott con aspereza—. El gato estaba, como todas las noches, en la cámara de *sir* Allen cuando la enfermera, señorita Glenn, estuvo allí para poner su última inyección al enfermo.

—Yo estaba presente cuando usted interrogó a la señorita Glenn —dijo Mac Mahon—. La señorita Glenn aseguró haber visto al gato en el cuarto del tío, pero no juró que el gato continuase allí cuando ella salió.

—Sin embargo, nadie ha visto al gato desde la noche del domingo —apuntó Scott, agudamente—. ¿Sabe alguno por qué?

Nadie contestó. En este momento llamaron con los nudillos a la puerta de la biblioteca. Elaine Sinclair era quien estaba más cerca de la puerta y acudió a la llamada.

Era el sargento Mac Allister.

—Adelante, sargento —animó Milton Scott—. Pase usted.

Mac Allister entró, llevando en la mano un saco de arpillera manchado de barro.

—¿Lo han encontrado? —preguntó Scott.

—Sí.

—Muy bien, sáquelo para que lo vean los presentes.

Muy intrigados, todos clavaron su mirada en el sargento mientras éste depositaba el saco en el suelo, metía la mano y sacaba... un gato.

Era un gato pardo, aunque en realidad esto sólo podía apreciarse a medias debido al barro adherido a su piel. Mac Allister lo sostenía por las patas de atrás. El gato estaba muerto, destrozada la cabeza por un garrotazo.

—¡«Cherry»! —exclamó la señorita Keyes, aterrada, como si en vez de un gato se tratase de un verdadero monstruo.

Milton Scott envolvió en su mirada triunfal a todos los allí presentes.

—Muchas gracias por haber identificado al animal, señorita Keyes —dijo Scott—. Y, ahora, ¿alguien puede darme una razón por la cual mataron y ocultaron al gato enterrándolo fuera de la casa?

Nadie contestó. Hasta que el juez Stone se puso lentamente en pie y dijo:

—Evidentemente, alguien quiso hacer desaparecer el gato para que su presencia en la casa no echase por tierra la teoría de un supuesto accidente. Visto el testimonio, declaro el presente caso como homicidio perpetrado intencionadamente por persona o personas desconocidas. Se recomendará para la subsiguiente investigación.

Una bomba cayendo en mitad de la biblioteca no hubiese dejado a los presentes más yertos y estupefactos. Milton Scott tomó la palabra y dijo:

—Al solo fin de facilitar la labor de la Policía, ruego a ustedes que nadie abandone la casa sin mi permiso y previo conocimiento. Sargento, venga usted conmigo.

Mac Allister metió apresuradamente el gato en el saco y cargó con éste, siguiendo a Milton Scott a través del vestíbulo y por la puerta principal hasta el patio exterior.

Al llegar a su automóvil, Scott se detuvo, esperando al sargento.

Dijo Mac Allister bajando la voz y mirando a su alrededor como

un conspirador que teme ser oído por alguien:

—¿Es legal lo que acabamos de hacer, capitán? ¿Qué ocurriría si se supiese que este gato no es «Cherry», sino otro infeliz gato propiedad de mi vecina la señora Woldrow?

—Temo que si la señora Woldrow llega a enterarse del asesinato de su gato se vea usted en un compromiso, sargento —dijo Scott, conteniéndose a duras penas la risa.

—Por supuesto, esto ya lo sé. Pero todavía peor que lo que diga la señora Woldrow puede ser la que armen los parientes de Mac Dullow si llegan a enterarse de que les dimos gato por liebre.

—La expresión no es correcta, querido sargento. Si dimos algo a los parientes de *sir* Mac Dullow fue gato por gato. En realidad, estoy seguro de que «Cherry» yace oculto en algún lugar en los alrededores de la casa. Algún día encontraremos al verdadero «Cherry»; pero mientras tanto, su infeliz e inocente doble habrá servido para sembrar el desconcierto en el ánimo del asesino, al mismo tiempo que da lugar y vigoroso impulso a las investigaciones que vamos a comenzar.

Mac Allister asintió moviendo lentamente su gruesa y roja cabeza.

—¡Con tal que la señora Woldrow no llegue a enterarse! —exclamó suspirando.

CAPÍTULO IV

El doctor Waltari salió de la casa abrochándose el impermeable y avanzó rápidamente en dirección a Milton Scott.

—Supongo —dijo el doctor— que la orden de no abandonar la casa no me incluirá también a mí. Soy médico de Heuvelton y una extensa zona rural, tengo mi clientela y...

—Naturalmente, doctor. Mi recomendación de no abandonar la casa se refería exclusivamente a los miembros de la familia, haciéndose extensiva en todo caso a las personas de la servidumbre que se encontraban en el castillo la madrugada del lunes. Pero usted no estaba aquí, ¿verdad?

—No, no estaba —repuso Waltari, secamente.

—Pero acaso estuviese en el castillo el domingo —insinuó Scott.

—Sí. Estuve el domingo... como todos los días desde hace dos años en que murió mi padre y me hice cargo de su antigua clientela.

—¿Cuál era la enfermedad que padecía *sir* Mac Dullow, en realidad?

—*Sir* Allen padecía una afección del corazón provocada por una arterioesclerosis.

—Eso en lenguaje vulgar significa que las arterias del paciente se endurecen y, en cierto modo, pierden su elasticidad obligando al corazón a un bombeo excesivo de la sangre a través de las venas y arterias.

—Exactamente.

—¿Me permite que tome unas notas? —dijo Scott rebuscando en sus bolsillos hasta sacar una libreta de notas y un lápiz—. ¿Cómo se llamaba el medicamento que la enfermera inyectaba a *sir* Mac Dullow cada noche antes de acostarse?

Joel Waltari miró un poco sorprendido al policía. Luego se encogió de hombros y dijo:

—Anote usted: miokombin. Se trata de un derivado de la

estrofantina, la cual a su vez es una fórmula de la digitalina preparada en inyectables.

—La digital es un veneno bastante activo, ¿no es cierto?

—En este caso no lo utilizábamos como veneno, sino como tónico para el corazón —repuso Waltari, secamente.

—Dígame: ¿es cierto que su paciente padecía de insomnio?

—Sí. Con frecuencia me estaba pidiendo que le recetase algo para dormir.

—¿Le administraba algún hipnótico?

—No. Los somníferos están contraindicados en las enfermedades cardíacas. El somnífero que *sir* Allen habría podido tolerar tendría que haber sido muy suave; mas por su suavidad, tal somnífero habría resultado ineficaz para el paciente. En consecuencia tuve que negarme enérgicamente a administrar a *sir* Allen ninguna clase de somníferos.

—Perfectamente. Esto es todo en cuanto a usted. ¿Qué me dice de la enfermera?

—¿Se refiere a la señorita Glenn?

—¿Hay acaso alguna otra enfermera en la casa?

—Bueno, le diré... La señorita Sinclair tiene título de enfermera diplomada.

—¿De veras? Esto es algo que yo no sabía, ni siquiera podía sospechar. Francamente, no tenía a la señorita Sinclair por una chica demasiado ilustrada.

—¡Oh, lo es! —exclamó Waltari con calor—. Sólo que su modestia le priva de hacer alarde de sus conocimientos. La señorita Sinclair es una joven inteligente... mucho más inteligente que cualquier otro hombre o mujer de la casa.

—¿Más inteligente también que la enfermera, señorita Glenn?

—Como la inmensa mayoría de las de su clase, la señorita Glenn se limita a ser una enfermera eficiente y nada más.

—¿Fue usted quien aconsejó a *sir* Allen que le convendría traer una enfermera diplomada a casa?

—Sí.

—Tal vez lo hiciera en beneficio de la señorita Sinclair —insinuó Scott.

—Sí, es cierto. La pobre muchacha ya tenía demasiadas cosas en que ocuparse. Ésos... esos imbéciles la tratan con un despotismo

que ninguna otra chica en lugar de Elaine podría soportar.

—¿Se refiere a los miembros de la familia Mac Dullow?

El doctor dio ahora muestras de inquietud.

—Bueno, tal vez haya hablado demasiado. Un médico no puede hacer comentarios de lo que ve en las casas adonde le lleva el ejercicio de su profesión. Discúlpeme.

—Le comprendo perfectamente, doctor. Volviendo a la señorita Glenn...

—Es una buena enfermera.

—¿La recomendó usted mismo, o vino aquí por intermedio de alguna agencia?

—Un compañero me la recomendó y yo la recomendé a mi vez a *sir* Allen Mac Dullow. No era tan fácil encontrar una enfermera que se adaptase a las intemperancias del explosivo carácter del viejo.

—¿Es usted casado, Waltari? —La pregunta pilló desprevenido al doctor, el cual miró sorprendido a Scott.

—Por supuesto que no.

—¿Qué quiere decir por supuesto?

—Quiero decir, sencillamente, que eso lo sabe todo el mundo. Soy soltero.

—¿Está prometido?

Aquí el doctor vaciló unos instantes antes de contestar con firmeza:

—No. Tampoco estoy prometido.

—Es extraño. Un hombre joven, bien parecido, con una buena carrera y una buena clientela... En fin, esto es algo que debería sonar por boca de una vieja casamentera.

—¿Usted es casado?

—No. ¡Oh, no! —Milton Scott se echó a reír.

Joel Waltari, por el contrario, se mantuvo en grave tesitura hasta que el policía cesó de reír.

—¿Me permite que me despida? —preguntó Waltari después—. Mi consulta empieza a la una de la tarde y temo que voy a llegar con retraso.

—Buenas tardes, doctor Waltari —repuso Milton Scott despidiéndole con un ademán.

Scott permaneció todavía un minuto junto a su automóvil, viendo cómo el médico trepaba a su «Morris Oxford», ponía el

motor en marcha y se alejaba a buena velocidad, cruzando el pequeño puente de madera.

Empezaban a caer de nuevo gotas de lluvia cuando Milton Scott cruzó el patio, entrando en la casa.

Al cruzar la biblioteca, Milton Scott pudo oír la voz airada de míster Orville Mac Mahon gritando en la biblioteca. La familia, al parecer, seguía reunida a puerta cenada.

Tomando la amplia escalera de mármol, Milton Scott llegó al pasillo superior, por el cual y, doblando a la izquierda, alcanzó un pasillo que era, en dimensiones y distribución de puertas y ventanas, idéntico al de la planta baja.

Avanzando rápidamente por el pasillo, Milton alcanzó la puerta que hacía tres desde la escalera. Empuñando el picaporte, Scott empujó la puerta y entró.

James Wyllie dio un respingo de sorpresa y volvió la cabeza al percibir el leve chasquido de la puerta. Sobre una amplia cama de matrimonio, de hierro, había una gran maleta abierta.

—¿Le he asustado? —preguntó Scott, entrando y cerrando la puerta tras sí.

—Francamente, me sobresalió —dijo el mayordomo.

—¿Qué estaba haciendo?

—Recogía la ropa y efectos de los señores Mac Mahon para trasladarlos a la habitación contigua.

—¡Ah! —murmuró Scott. Y señaló los tablones que en el centro de la habitación cubrían un agujero en el piso—. ¿Es ese agujero lo que motiva el cambio de habitación de los Mac Mahon?

—La señora Mac Mahon no pudo pegar ojo la noche pasada. Le obsesionaba cierto olor a carne socarrada que asegura subía de la habitación de abajo a través del agujero. Finalmente, la señora pasó a la habitación contigua y se acostó en compañía de su hija Alicia.

—¿Es cierto que huele aquí a carne socarrada?

—Pues sí, realmente hay cierto tufillo en toda la casa, más intenso aquí a causa del agujero que comunica con la habitación de abajo.

—Mi olfato debe estar algo atrofiado por los olores de la ciudad. ¿Fue por aquí por donde los bomberos metieron las mangas para inundar el cuarto de abajo?

—Sí.

—¿De quién surgió la idea de abrir un agujero en el piso de esta habitación para alcanzar el cuarto acorazado?

—Supongo que la idea sería del señor Mac Mahon... O acaso del joven John o del señorito Bertie. Bueno, en realidad lo ignoro. De todos modos, el señorito Bertie y el joven Mac Mahon ya habían practicado un agujero bastante regular en el piso cuando llegaron los bomberos.

Milton Scott empujó con el pie uno de los tablones y se puso de rodillas en el suelo para examinar el grosor de la capa de cemento del piso. La capa de cemento tenía aproximadamente un espesor de cinco pulgadas y había sido fraguado sobre un armazón de delgadas varillas de acero. Los bomberos, y antes que ellos los miembros de la familia del viejo Mac Dullow, debieron de trabajar duramente con el mazo, el escoplo y la sierra para abrir aquel agujero.

Empujando de nuevo el tablón hasta su sitio, Milton Scott se incorporó sacudiendo el polvo de las rodillas y fue a situarse ante la ventana, contemplando largamente los oscuros bosques bajo el telón gris de la lluvia, mientras con movimientos mecánicos procedía a sacar y cargar su pipa.

A espaldas de Scott, James Wyllie reanudó su interrumpido trabajo, cerrando la pesada maleta y depositando ésta en el suelo.

—Dígame, Wyllie: ¿lleva usted mucho tiempo al servicio de *sir* Allen Mac Dullow?

—¡Oh, sí! Algo más de veinte años. Para ser exactos, desde mil novecientos treinta y siete.

—Sería usted muy joven entonces.

—Sí, lo era. Entré al servicio de *sir* Mac Dullow como chofer, estuve ausente los años de la guerra y volví al concluir ésta para ingresar de nuevo en la servidumbre de la casa.

—¿Estuvo usted en la guerra? ¿A qué unidad perteneció?

—Serví en los comandos. Dieppe, Cirenaica, Sicilia y más tarde Italia.

—La guerra debió resultar muy agitada para usted.

—Sí. Ya lo creo que lo fue.

—¿Quiere que vayamos a su habitación, Wyllie? —preguntó Scott de pronto—. Me gustaría examinar esa campanilla.

—Por supuesto, señor. Permítame que traslade esta maleta a la habitación contigua y soy inmediatamente con usted.

Scott esperó en el corredor hasta que el mayordomo volvió a salir de la habitación que hasta entonces había ocupado Alicia Mac Mahon. Siguiendo pasillo adelante descendieron por la escalera de caracol hasta el corredor inferior, pasando por delante de las habitaciones de Bertie Mac Dullow, de la señorita Glenn y la cámara acorazada hasta la habitación de Wyllie.

El cuarto estaba parcamente amueblado con muebles deteriorados que, probablemente, habían sido retirados de otras dependencias de la casa. En un ángulo y casi tocando el techo se veía una pequeña campana de bronce. El grueso cordón de la campana se introducía en la pared por un agujero.

—Demasiado alta para alcanzarla sin ayuda de una escalera —observó Scott—. ¿Suenan muy fuerte el tañido de esa campana?

—Sí. Yo diría que en realidad resulta demasiado ruidosa.

—¿Podría oírse, por ejemplo, desde las habitaciones de al lado y los cuartos del piso de arriba?

—Se ha oído a veces. Depende del silencio que reine en la casa, de si las puertas están abiertas y de la fuerza con que se tire del cordón.

—Ahora, Wyllie, permítame hacerle una pregunta indiscreta: ¿hasta qué punto había merecido usted la confianza de *sir* Allen?

El hombre no contestó enseguida. Primero contempló gravemente al policía con sus pequeños ojos inteligentes. Luego esbozó una ligera sonrisa.

—Creo que confiaba en mí, señor.

—Usted pasaba más tiempo que ningún otro habitante de la casa junto a su señor, ¿no es cierto?

—Sí. Venía todas las mañanas a ayudar a vestirse a *sir* Allen. Luego le servía el desayuno y, a veces, dábamos un paseo por los alrededores. Más tarde ayudaba al señor en su taller. Le servía la cena y luego le acompañaba de nuevo a su habitación. Si salíamos en el coche, yo le servía de chofer. *Sir* Allen tenía un carácter difícil; mas aunque nunca solía expresar sus sentimientos tengo para mí que me apreciaba.

Milton Scott empezó a pasear lentamente por la habitación. Sobre una vieja cómoda había un doble marco con los retratos de un niño y una niña.

—¿Son sus hijos?

—Sí, señor.

—Tiene usted unos chicos muy guapos —observó Scott volviendo a dejar el portarretratos sobre la cómoda—. ¿Sólo ve usted a su mujer y a sus hijos una vez por semana, los domingos?

—¿Qué remedio? Mi esposa estuvo empleada como cocinera en la casa durante un par de años hasta que nos casamos. Luego vino el primer hijo y ella tuvo que dejar la casa. Míster Allen no soportaba a los chiquillos.

—Comprendo. De todos modos, esta prolongada separación debe resultar muy molesta para usted. ¿Nunca pensó en abandonar el servicio de *sir* Allen?

—Sí, algunas veces pensé que me convendría cambiar de amo.

—¿Por qué no lo hizo? ¿No cree que hubiera podido encontrar otro amo de carácter más tolerable, que le permitiese tener a su esposa consigo e incluso que retribuyese mejor sus servicios?

—Usted quizá no quiera creerme, pero también yo sentía afecto por *sir* Allen. Además... —El mayordomo se interrumpió vacilando, como dudando entre callar o seguir adelante en sus confidencias—. Además, no estaba tan mal retribuido. Y *sir* Allen me había prometido dejarme tres mil libras en su testamento.

Milton Scott unió sus labios dejando escapar un suave silbido.

—Tres mil libras es mucho dinero, ¿no es cierto? Sobre todo teniendo en cuenta la tacañería del viejo.

Wyllie arrugó su atezado rostro al sonreír.

—Tenga en cuenta que *sir* Allen no esperaba poder llevarse su fortuna al otro mundo.

—Eso es cierto. Después de todo, *sir* Allen no necesitará su dinero allí dónde está ahora. ¿Cree usted que habrá sido igualmente espléndido con los miembros de su familia que esperan heredarle?

—Habrá muchas sorpresas a la hora de abrir el testamento de *sir* Allen, se lo aseguro.

—¿Usted vio alguna vez ese testamento?

—No.

—Entonces, ¿cómo lo sabe?

—Solamente por lo que *sir* Allen decía a veces.

—¿Quiere decir que *sir* Allen le hizo alguna confidencia en determinada ocasión?

—No, nada de eso. Pero cuando se enfadaba con sus parientes el

señor solía rezongar por lo bajo... y casi siempre sus amenazas eran un anticipo del chasco que pensaba dar a sus herederos.

—Así, pues, usted cree que *sir* Allen se propuso chasquear a sus herederos dejando todo su dinero a otras personas extrañas a la familia, o tal vez a una institución benéfica.

James Wyllie dio muestras de cierta inseguridad antes de decir:

—No sé si debería decirlo... aunque ahora carece de importancia y de todos modos se ha de saber. En mi opinión, *sir* Allen deja casi todo su dinero a una sola persona.

—¿Una persona que no es de la familia?

—La señorita Sinclair.

—¡Elaine Sinclair! —exclamó Scott con incredulidad—. ¿Por qué precisamente a ella?

—Porque Elaine Sinclair es la hija de *sir* Allen Mac Dullow.

Milton Scott guardó silencio, estupefacto.

—¡Caramba! —exclamó finalmente—. ¿Está seguro de lo que dice, Wyllie?

—Como es natural, nunca se ha hablado de esto en la casa. Elaine ya había nacido cuando yo entré al servicio de *sir* Allen. Entonces era una niña muy pequeña. Cuando después de terminar la guerra volví al servicio de *sir* Allen, Elaine ya no estaba en la casa. La habían llevado a un colegio de Londres. Su madre, Ann Sinclair, estaba bastante delicada.

—¿Qué clase de trabajo desempeñaba Ann Sinclair en la casa?

—Cuando entró en la casa lo hizo como cocinera. Luego, *sir* Allen la nombró ama de llaves, cargo que desempeñó hasta que murió, cuando Elaine tenía doce años.

—¿De modo que Elaine Sinclair era hija de *sir* Mac Dullow? ¿Lo saben los sobrinos de *sir* Allen?

—Sin duda. Aunque no habiendo sido reconocida jamás por hija por *sir* Allen, les queda la esperanza de que no lo haya hecho tampoco en su testamento, en cuyo caso, y a menos que *sir* Allen la designe su heredera, la muchacha no podrá reclamar herencia alguna.

—¿Qué dice la señorita Sinclair a todo esto? ¿Sabe ella que es hija ilegítima de *sir* Allen?

—No, ella es quizá la única persona que no lo sabe. *Sir* Allen nunca le dio un trato diferente del de los demás criados. Algunas

veces ella se sintió intrigada, curiosa, por conocer quién fue su padre. En cierta ocasión me hizo algunas preguntas a este respecto.

—Pero usted no le diría nada.

—Yo no me hubiese atrevido nunca a decirle tal cosa, basando mis sospechas en puras conjeturas. Ahora es distinto, sobre todo si el viejo ha hecho justicia en su testamento asegurando el porvenir de la chica. Pero mientras vivió *sir* Allen, no habría podido decírselo. Ella entonces habría sentido trocarse su gratitud en odio, pues si como amo *sir* Allen fue con ella atento y bondadoso, como padre fue cruel y egoísta. La pobre chica nunca recibió de su padre mejor trato que la más humilde de las fregonas. Nunca supo lo que era llevar un vestido bonito. Jamás tuvo vacaciones... Durante años se levantó cada mañana con el canto del gallo, realizó toda clase de trabajos pesados y fue humillada por sus parientes, representando el papel de Cenicienta de este castillo, sin que su padre se conmoviera lo más mínimo por su desgracia. No, *sir* Allen no fue justo con la chica mientras vivió.

—Según usted, ¿es de esperar al menos que *sir* Allen hiciese justicia póstuma a través de su testamento?

—¡Oh, estoy casi completamente seguro de ello! Los mismos parientes de *sir* Allen así lo temen. Vea si no a ese tunante de Bertie Mac Dullow persiguiendo a la chica por los pasillos asumiendo el papel del más tierno y loco enamorado.

—¡Hola! ¿De modo que esas tenemos? ¿Bertie Mac Dullow pretende a Elaine Sinclair por aquello de si la chica hereda todo el fortuna del viejo?

—Nunca hasta ahora en todo el tiempo que lleva aquí se había fijado el señorito Bertie en Elaine Sinclair, hasta que cierto día, intentando sonsacarme, le solté que acaso hubiese sorpresas en el testamento a favor de la muchacha. A partir de aquel día el señorito Bertie cambió de actitud respecto a la señorita Sinclair.

—Así, ¿considera usted a Bertie Mac Dullow un cazadotes?

—Al menos intenta serlo en el caso de la señorita Sinclair.

—¿Y cuál fue la reacción de la señorita Sinclair frente al cambio de actitud de su primo?

—La señorita Sinclair tiene relaciones con el doctor Waltari.

—¿De veras? Y, a pesar de saberlo. ¿Bertie Mac Dullow insiste en sus pretensiones matrimoniales sobre la señorita Sinclair?

—Aunque no creo que a él le importa mucho saberlo, la verdad es que creo que lo ignora. Muy pocos saben que el doctor es novio de la señorita Elaine.

—¿Quiere decir que hay alguna razón especial para que el doctor y la señorita Elaine mantengan en secreto sus relaciones?

—No por parte de ella, como es natural.

—Pero ¿sí por parte del doctor?

—La actitud del doctor a este respecto es comprensible hasta cierto punto. El doctor Waltari pertenece a una ilustre familia cuyos miembros se han distinguido desde tiempo inmemorial por su estricta moralidad, su culto a la posición y su respeto a todos los prejuicios propios de su condición social. La señora Waltari, es decir, la madre de nuestro joven doctor, no consentiría jamás que su hijo sostuviese relaciones con una criada, de la cual no se sabe siquiera quién fue su padre. Por esta razón el doctor Waltari viene a escondidas a ver a Elaine Sinclair y disimula lo que hay de verdad entre ellos dos.

—Esa posición debe resultar muy molesta a la señorita Sinclair, ¿no cree usted?

—Sin duda. Por eso quizá Elaine intenta romper sus relaciones con el doctor, aunque él no quiera aceptar esa ruptura.

Milton Scott contempló pensativamente la cazoleta de su apagada pipa.

—Pobre muchacha —murmuró—. Ciertamente es digna de mejor suerte.

Se dirigió hacia la puerta. Al llegar a ésta se detuvo con el picaporte en la mano y volvió la cabeza.

—Muchas gracias por sus informes, Wyllie. En verdad que ha resultado muy instructiva esta charla con usted.

El mayordomo se limitó a mirarle gravemente mientras él salía y cerraba la puerta.

Milton Scott avanzó unos pasos por el corredor y, al llegar al recodo de éste, se dio de manos a boca con Elaine Sinclair, que llegaba del vestíbulo.

—¡Ah, usted! Precisamente le iba buscando —dijo la muchacha—. Usted dijo que nadie podría salir de la casa, pero quiero saber si se me permitirá ir unos instantes a Heuvelton.

—¿Quiere usted ir a Heuvelton? ¿Para qué?

—He de encargar algunas flores para el entierro de *sir* Allen, que tendrá lugar mañana.

—¿Solamente para eso?

—De paso aprovecharé para dar algunas instrucciones al señor Moyzisch, del servicio de pompas fúnebres, respecto al arca.

—¿No sería más propio de los sobrinos de *sir* Allen encargarse de toda cuestión relativa a los funerales?

—Sé lo que ellos piensan con relación al entierro —repuso la muchacha con sequedad—. La opinión general es que no hay que gastar mucho en los detalles superfluos del entierro.

—En otras palabras: los deudos de *sir* Allen corresponden con tacañería a la roñosería de que *sir* Allen dio muestras mientras vivió.

—Es una venganza ruin y mezquina —dijo la joven con pasión.

—¿Y qué es lo que se propone hacer usted para evitarlo?

—Simplemente, añadir unas libras de mi propio peculio a la miserable cantidad que ellos están dispuestos a gastar.

—No le preguntaré si cree usted que él lo merecía. Al parecer, usted tenía formado un alto concepto del viejo Mac Dullow. Concedido el permiso para ir a Heuvelton.

La muchacha murmuró un «gracias» y saludó con seca inclinación de cabeza, prosiguiendo su camino hasta la puerta de su habitación.

Milton Scott siguió por el corredor hasta el vestíbulo. Desde aquí, a través de la puerta entreabierta, alcanzó a ver a los Mac Dullow sentados en torno a la larga mesa del contiguo comedor. Scott salió al patio, donde encontró al sargento Mac Allister que venía hacia la casa.

Llevaba el capitán unos minutos hablando con el sargento cuando Elaine Sinclair salió de la casa y cruzó el patio andando rápidamente. Vestía un impermeable azul y se cubría con un capuchón que formaba parte del conjunto, habiendo calzado unas botas de agua hasta la rodilla.

—Pero ¿va a ir usted andando hasta el pueblo? —preguntó Scott, sorprendido.

—En el garaje sólo queda la camioneta «Morris», y está estropeada. Wyllie se llevó el «Ford» a Greenlaw, pero tuvo una avería en el camino y se vio obligado a hacer que remolcaran el

coche hasta Heuvelton. No me importa ir andando. Lo he hecho otras veces.

La muchacha se alejó, andando rápidamente con las manos metidas en los bolsillos del impermeable. En este momento empezaba a lloviznar de nuevo. Dirigiéndose al sargento, Milton dijo con rapidez:

—No permita que nadie abandone la casa en mi ausencia. Voy a ir a Heuvelton para telefonar al superintendente Warburton y estaré de regreso antes de anoecer.

Milton se dirigió a su automóvil. El agente Heisman, que solía conducirlo, no se encontraba junto al coche. Scott subió al automóvil, puso el motor en marcha y arrancó enfilando al puentecillo de madera.

Elaine Sinclair acababa de transponer el puente cuando oyó el ruido del automóvil tras sí. La muchacha se apartó a un lado del camino y se detuvo, volviendo la cabeza.

Milton Scott pisó el freno parando el vehículo junto a la muchacha, abrió la portezuela y dijo:

—Suba.

La muchacha entró en el vehículo y tomó asiento junto a Scott, cerrando la portezuela.

—¿Hace esto por mí, o iba a Heuvelton de todos modos? —preguntó ella.

—La verdad es que recordé de pronto que tenía que ir al pueblo a telefonar a mi jefe. Si no va a entretenerse usted mucho la recogeré a la vuelta para traerla al castillo.

—Gracias, es usted muy amable.

La lluvia arreciaba en estos instantes y Milton Scott puso en funcionamiento el limpiaparabrisas. El camino era un cenagal desde el riachuelo hasta su unión con la carretera asfaltada de Heuvelton.

—Espero que arreglarán el camino y todo mejorará después que los herederos de *sir* Mac Dullow se hagan cargo de la propiedad —dijo Scott, sin apartar sus ojos del encharcado camino.

—¡Bah! No crea que ellos son mejores que el viejo *sir* Allen. Todas las mejoras que introduzca el señor Mac Mahon tenderán más bien al aspecto agrícola que al embellecimiento de la propiedad. En cuanto al señor Keyes y Bertie Mac Dullow, se apresurarán a poner en venta la heredad y no regatearán demasiado para ofrecerla al

mejor postor.

—Y si fuese usted la heredera, ¿qué haría?

La pregunta pareció coger desprevenida a la muchacha, la cual volvió con vivacidad la cabeza para lanzar sobre el policía una mirada de estupor.

—¿No se le ha ocurrido jamás que tal cosa pudiese ocurrir? —preguntó Scott, lanzándole una rápida mirada.

—No.

—Las muchachas, sobre todo cuando son jóvenes y bonitas, sueñan en cosas más irrealizables que ésta. Bien mirado, ¿por qué no podría el viejo *sir* Allen cederle a usted la heredad?

—Eso es una solemne tontería —contestó la muchacha enojada.

Milton Scott guardó silencio y así alcanzaron la carretera asfaltada, por la cual en unos tres minutos llegaron a Heuvelton. Elaine Sinclair se apeó ante el negocio de pompas fúnebres y Milton Scott llevó el automóvil dos manzanas más allá hasta detenerse ante el cuartel de Policía.

Poco después, desde el teléfono del cuartelillo de Policía, Milton Scott sostenía una larga conferencia con el superintendente Warburton, poniendo a éste al corriente del estado de sus investigaciones. Después de rendir su informe, Scott terminó diciendo:

—Quizá fuese muy útil conocer la vida y los antecedentes de la enfermera señorita Frances Glenn, cuyo nombre debe constar en el registro de enfermeras tituladas de alguno de los colegios oficiales.

Luego de recibir la seguridad de que sería investigado el asunto, Milton salió del cuartelillo y se dirigió al garaje, donde un mecánico estaba examinando el motor de un «Ford» de modelo antiguo. Milton charló un rato con el mecánico y luego se dirigió a través de la calle a la taberna de «El Montañés», donde tomó una ligera merienda mientras charlaba con el dueño.

Un buen rato después Milton estaba fumando apaciblemente su pipa cuando vio a la señorita Sinclair cruzando ante el cristal de la ventana. Pagó su consumición y salió a la calle, reuniéndose con ella junto al automóvil, que estaba aparcado ante el cuartelillo de Policía.

—¿Concluyó ya sus diligencias? —preguntó Scott.

—Sí. Podemos volver cuando quiera.

De regreso al castillo, Elaine Sinclair guardaba pensativo silencio. Scott le preguntó:

—¿Hay algo que le preocupa, señorita Sinclair?

Ella volvió la cara y le miró un instante. Luego, mirando al camino a través de los cristales, murmuró:

—Pensaba en *sir* Allen Mac Dullow. ¿Cree de veras que fue asesinado?

—Sí, de eso no me cabe la menor duda.

—Pero ¿quién pudo hacerlo? ¿Y por qué?

—¿Le parece que no hay suficientes motivos cuando está en juego una herencia de varios cientos de miles de libras esterlinas?

—Sin embargo, la muerte prematura de *sir* Allen, víctima de un asesinato, no debe cambiar sustancialmente el orden de las cosas. Las mismas personas que le heredan ahora le habrían heredado dentro de unos años o unos meses, cuando *sir* Allen hubiese fallecido de muerte natural. Lo único que su asesino habrá conseguido es heredarle antes. Pero ¿justifica eso el riesgo a que se expone el criminal al llevar a cabo un asesinato?

Milton Scott guardó silencio unos instantes, poniendo en orden sus ideas antes de contestar:

—Aun pareciendo absurdo, la prisa por heredarle podría ser el móvil que impulsó al asesino a cometer este crimen. Examinemos a los presuntos herederos. Y corriójame si estoy equivocado en todo o en parte de los informes que he ido recogiendo. En primer lugar, tenemos a Bertie Mac Dullow, treinta y cinco años, soltero, no mal parecido. Le gusta vestir bien, conducir automóviles deportivos y ha disipado alegremente la herencia que le correspondió a la muerte de su padre. Ha tenido numerosos líos con mujeres, es un inútil y, finalmente, tuvo que recurrir a la ayuda de su tío, a expensas del cual vivió los últimos meses. Bertie tenía razones para detestar a su tío. El viejo, probablemente, se habrá acordado de él en su herencia, pero para Bertie, que vivía en la casa contra su gusto, como una pantera en cautividad, hubiera sido mucho mejor que el viejo le adelantase la herencia si de todos modos se la había de dar más tarde...

—Bertie Mac Dullow es sin duda la oveja negra de la familia —repuso Elaine Sinclair—. Con todo, no es mal muchacho. No le creo capaz de haber matado a su tío.

—Sigamos examinando la lista —dijo Scott sin hacer caso de la interrupción de su pasajero—. Edgar Keyes, hijo de la hermana mayor de *sir* Allen Mac Dullow. Es un hombre distinguido al que también le gusta vestir bien, pasear en automóviles lujosos y reunirse en su club con altos personajes de las finanzas y la política. Juega a la Bolsa y a las carreras de caballos y recientemente ha sufrido un revés, pudiendo considerársele prácticamente arruinado. Al señor Edgar Keyes no le vendría mal heredar un puñado de libras esterlinas.

—A propósito de míster Keyes, debe estar usted mal informado. No está arruinado tan por completo como se cree. Su esposa es una mujer rica, que posee una extensa propiedad en Greenlaw.

—Keyes detesta el ambiente rural en que le obliga a vivir el mal estado de su cuenta corriente personal. Opuesto en carácter a Keyes tenemos a Orville Mac Mahon. Hijo de la hermana mayor de Mac Dullow posee también una granja colindante con las tierras de su tío. Tosco, tacaño como era el propio Mac Dullow, se enfurecía por el estado de abandono de las tierras del viejo. Criticaba por una parte la tacañería de éste, y, por otra, le indignaba el gasto que hacía en caprichos tales como juguetes de alta perfección mecánica, lo que equivale a decir que costaban mucho dinero. Éstos son los tres herederos más cercanos a *sir* Allen Mac Dullow si exceptuamos a la señorita Anny Keyes, la cual por su temperamento y su condición de mujer no parece probable fuese capaz de asar vivo a su tío.

—En realidad, pese a sus rarezas y su avaricia, ninguno de la familia sería capaz de quemar vivo al viejo *sir* Allen —protestó la señorita Sinclair.

—Tal vez esté usted en lo cierto y el asesino sea un miembro extraño a la familia. Consideremos, por ejemplo, el caso de James Wyllie, el mayordomo.

—¡Dios mío, no querrá meter usted también en esto a Wyllie!

—¿Por qué no? Wyllie va a heredar tres mil libras esterlinas que *sir* Allen le había prometido. Durante más de veinte años, Wyllie soportó a su tiránico amo, estando dos veces a punto de dejarle. Si no lo hizo fue, posiblemente, por no perder su derecho a las tres mil libras que su amo le había prometido. Wyllie es temperamentalmente la persona capaz de librarse de *sir* Allen

haciéndolo arder vivo sobre su lecho. Estuvo en la guerra y sirvió con los comandos. Ganó una medalla. Wyllie no me dijo eso, pero acabo de saberlo en la taberna. Durante una de sus incursiones como comando en la costa francesa ocupada por los alemanes, Wyllie entró en una casamata donde dormían quince confiados soldados alemanes. Dando muestras de extraordinario valor y sangre fría, Wyllie cortó el cuello a los alemanes, uno por uno y sin que ninguno llegara a despertar jamás de su sueño. Un hombre capaz de degollar con su cuchillo a quince hombres dormidos, no se arredra si tiene que pegarle fuego a la cama donde duerme un hombre a quién detesta desde lo más profundo de su corazón. Un hombre que ha prometido regalarle tres mil libras, con las cuales Wyllie podría considerarse un hombre rico y quizá montara algún negocio que le permitiese vivir con desahogo el resto de su vida.

—¡Pero Wyllie no se encontraba en la casa la noche que asesinaron al señor Allen!

—Sólo sabemos que Wyllie tomó prestado el «Ford» de su amo y aseguró marchar a Greenlaw para reunirse con su familia. Sin embargo. Wyllie no estuvo este fin de semana en Greenlaw. Su automóvil se le averió en el camino y tuvo que ser remolcado de nuevo hasta Heuvelton, en cuyo garaje depositó el automóvil averiado justamente en el momento que el señor Bertie Mac Dullow llegaba desde el castillo en busca de ayuda para apagar el fuego que se había declarado en la habitación acorazada de *sir* Allen Mac Dullow.

—¡Dios mío! —gimió Elaine Sinclair volviéndose a mirarle horrorizada—. Midiendo las intenciones de la gente por su patrón, cualquiera podría haber asesinado a *sir* Mac Dullow. Incluso yo misma.

—No, usted no pudo hacerlo.

—¿Por qué no? De esa forma reuniría mi dinero y podría salir de ese caserón sombrío y triste.

—No, usted nunca asesinaría a *sir* Mac Dullow. No podría hacerlo puesto que sabía que era su padre.

Ahora la muchacha quedó yerta y pálida bajo la mirada de soslayo que le lanzaba el policía.

—Tal vez no estuviese nunca cierta de ello —prosiguió Scott—. Pero al menos lo sospechaba. ¿No es así?

La joven asintió con un leve movimiento de cabeza.

CAPÍTULO V

Al entrar James Wyllie en el taller del segundo piso del torreón, Milton Scott estaba examinando el contenido de un armario adosado a la pared.

—¿Es usted, Wyllie? Acérquese, por favor —dijo Scott sin volver la cabeza.

—La señorita Elaine me indicó que usted quería verme —dijo el mayordomo acercándose por detrás al policía.

—Sí, es cierto —Scott sacó del armario una pequeña botella de forma cilíndrica, que mostró a Wyllie—. Dígame una cosa, Wyllie: ¿El contenido de esta botella corresponde a la indicación de la etiqueta?

Wyllie miró con desconfianza el frasco que el policía tenía en la mano.

—Vaya con cuidado, capitán. Con el contenido de ese frasco podría volar toda la casa.

—Entonces, ¿es nitroglicerina?



—¿Es nitroglicerina?

—Sí. El propio *sir* Allen la fabricó el día que se nos atascó una de las barras de la cerradura de su caja de seguridad. Después de varias tentativas, por espacio de una semana, la caja se obstinaba en no querer abrirse, y entonces *sir* Allen decidió volar la puerta. Hicimos venir a un sopletista, pero cuando el acero de la puerta estaba muy

caliente se me ocurrió golpearla con un martillo. La barra interior, que por haberse enfriado el aceite estaba atascada, cayó entonces en su lugar correspondiente y la caja pudo abrirse sin necesidad de ser forzada.

—¿Fue suya la idea de golpear la caja con un martillo?

—Antes ya habíamos probado a golpearla, pero hubo de estar suficientemente caliente para que, con la dilatación se formara cierta holgura, y así no hubo dificultades.

Milton Scott depositó cuidadosamente el frasco en la estantería del armario, lo miró con respeto y volvióse hacia el mayordomo:

—Usted debe ser un buen mecánico, Wyllie.

El mayordomo sonrió modestamente.

—Sólo un aficionado, señor.

—¿Qué le ocurrió con el «Ford» la tarde del domingo? ¿Es cierto que no pudo llegar a Greenlaw?

—Fue una desgracia, señor —aseguró el mayordomo—. Después de haber perdido varias horas intentando poner el coche en marcha tuve que recurrir al auxilio de un camión que pasaba en dirección a Heuvelton y ser remolcado hasta el taller.

—¿A qué hora aproximadamente salió usted del castillo?

—Después del almuerzo, serían alrededor de las dos.

—¿Y se pasó usted toda la tarde y toda la noche del domingo, incluso parte de la madrugada del lunes, tratando de reparar la avería de su automóvil?

—¿Qué remedio, señor? Por mi gusto hubiera dejado allí aquel maldito cacharro prosiguiendo hasta Greenlaw en alguno de los coches que pasaban en dirección a la ciudad.

—¿Pues, por qué no lo hizo?

—*Sir* Allen nunca me habría perdonado que dejase abandonado un coche de su propiedad en una carretera solitaria durante la noche, con el consiguiente riesgo de que nos volasen los neumáticos o alguna otra pieza del motor. Además, yo confiaba en mis dotes de buen mecánico, la negativa del coche a andar era casi un desafío, y yo confiaba en poder arreglarlo de un momento a otro para continuar el viaje hasta Greenlaw. Lo que ocurrió en realidad es que me abstraí de tal modo en mi tarea que me sorprendió la noche y se hizo demasiado tarde para intentar llegar todavía a Greenlaw. Como en aquella oscuridad era imposible continuar la reparación de

la avería, me senté en la cuneta y me puse a esperar la llegada de algún camión en dirección a Heuvelton. Pero hasta las dos de la madrugada no pasó la camioneta de Hartland, que fue quien finalmente me remolcó hasta el garaje de Moyzisch.

—O sea que pasó usted varias horas, desde las nueve o las diez de la noche a las dos de la madrugada, allí sentado en la cuneta esperando el paso de un vehículo en dirección a Heuvelton.

—La carretera de Heuvelton a Greenlaw es muy poco transitada, y mucho menos en un domingo por la noche.

—¿A qué distancia de Heuvelton le sobrevino a usted la avería?

—A unas diez millas.

—A unas diez millas de Heuvelton, que son sólo tres o cuatro millas desde este lugar. Si examinamos un mapa de la región vemos que para ir desde esta casa a Greenlaw hay que retroceder primero hasta Heuvelton un par de millas. Luego la carretera se dirige al norte para franquear el paso entre las montañas y vuelve atrás en dirección sudeste para pasar a unas cuatro millas de aquí serpenteando a través de la vertiente opuesta de estos montes. Un buen conocedor de la región sabría encontrar seguramente un sendero o un atajo que desde la carretera le llevase a este castillo a través de las montañas y el bosque en dos o tres horas. ¿No pensó usted en esto, Wyllie?

—No, señor.

—Sin embargo, pudo haber estado de regreso en el castillo antes de medianoche, descansar en su mullido lecho y regresar el lunes por la mañana en busca del averiado automóvil.

—Para eso habría tenido que dejar abandonado el coche en mitad de la carretera. *Sir* Allen jamás me lo habría perdonado.

—Pero *sir* Allen no podía saber todo lo que ocurría en esta casa. Suponiendo que usted hubiese llegado alrededor de las once, contando por supuesto con la colaboración de la cocinera, hubiese podido entrar por la puerta de servicio de la cocina, cenar y acostarse sin que *sir* Allen ni ninguna otra persona de la casa llegaran a enterarse de su regreso. ¿No es así?

—¿Por qué no le pregunta a la cocinera?

—Porque sería inútil. Mi idea es que si usted regresó la noche del domingo nadie llegó a saberlo.

—No regresé. Me quedé junto al coche hasta las dos de la

madrugada. Entonces pasó Hartland en su camioneta, perdimos otra media hora ajustando la cuerda de remolcar y luego regresamos despacio, llegando a Heuvelton unos minutos después de las tres. Todavía me encontraba en el taller cuando llegó el señor Bertie Mac Dullow y dijo que la habitación de *sir* Allen estaba ardiendo. Me uní al grupo de socorro que inmediatamente se trasladó al castillo y colaboré en las operaciones de salvamento con los demás.

—Eso es lo que usted dice.

—Eso fue lo que ocurrió —repuso James Wyllie seca y enérgicamente.

—Pero no puede demostrarlo.

Una ligera palidez se extendió por el atezado rostro del mayordomo. Por primera vez los ojos de Wyllie expresaron verdadera preocupación.

—Varios excursionistas que regresaban de las montañas pudieron verme junto a la cuneta tratando de reparar el coche —dijo.

—Usted sabe que, salvo raras excepciones, los excursionistas regresan a la ciudad antes de anochecer. Probablemente ni un solo coche pasó por esa carretera después de oscurecido. Pero hasta después que anocheció usted no pensaría en regresar al castillo.

—¡No regresé, ya se lo he dicho!

—Su situación resultará bastante comprometida si no demuestra que se encontraba todavía junto a su automóvil averiado entre las diez y las doce del domingo, Wyllie.

—¿Está insinuando que yo pude haber asesinado a *sir* Allen?

—No insinúo; afirmo que pudo haberlo hecho como todos los demás que se encontraban en la casa aquella noche.

Milton Scott se dirigió hacia la puerta bajo la furiosa mirada del mayordomo. Antes de salir se volvió todavía y dijo:

—No intente salir de la casa, Wyllie. Habrá un agente vigilando cada puerta toda la noche.

La escalera estaba muy oscura debido a las bajas nubes de lluvia que entoldaban el cielo dando lugar a un prematuro anochecer. Milton Scott cruzó el vestíbulo y entró, empujando la puerta de la biblioteca.

Habían llegado, algunas personas, procedentes unas de Heuvelton y otras de Greenlaw e incluso Edimburgo. Scott

consideró que tanto los Keyes como los Mac Mahon, como asimismo Bertie Mac Dullow, estaban demasiado atareados correspondiendo a los visitantes que habían acudido a expresarles su sentido pésame. En consecuencia, Scott salió de la casa, reuniéndose con el sargento Mac Allister en el patio.

Scott dio algunas instrucciones al sargento relativas a la vigilancia de la casa. Luego llamó al agente Heisman y montó en su automóvil, regresando a Heuvelton bajo la fría y menuda llovizna del oscuro atardecer.

Milton Scott todavía sostuvo una larga conferencia telefónica con Edimburgo aquella tarde antes de dirigirse a la taberna «El Montañés», donde le esperaba el agente Heisman para cenar.

En Heuvelton no había hotel, pero el dueño de «El Montañés» tenía un par de habitaciones para alquilar.

Scott se acostó temprano, aunque todavía permaneció largo tiempo recostado contra la cabecera del lecho, los brazos cruzados, dando lentas chupadas a su pipa.

Cuando finalmente la pipa se apagó, Scott la dejó sobre el contiguo velador, apagó la luz y se estiró bajos las sábanas, disponiéndose a dormir.

Despertó a la hora que tenía por costumbre, pero oyendo llover en la calle todavía permaneció una hora entre las calientes sábanas poniendo en orden sus ideas. A las nueve se levantó y se reunió con el agente Heisman en la sala baja de la taberna, que entonces se hallaba desierta.

Media hora más tarde, el «Land Rover», que la Policía de Heuvelton solía utilizar en sus desplazamientos en aquella montañosa región, llegó bajo la lluvia y echó los frenos delante de «El Montañés». Un agente uniformado cruzó la acera y entró impetuosamente en la taberna. Dirigiéndose rápidamente hacia Scott se cuadró ante éste y anunció:

—Capitán, el sargento Mac Allister le ruega que acuda inmediatamente al castillo. Han encontrado muerta a la enfermera, señorita Glenn.

Frances Glenn aparecía tendida de bruces junto al lecho, las manos crispadas todavía agarradas a las ropas de la cama que, en parte, se habían deslizado hasta el piso. Se envolvía en un batín de franela verde y al cuello tenía arrollada una media de nylon. Su

mejilla izquierda descansaba sobre la alfombra y sus ojos, enormemente abiertos y espantados, clavaban una mirada sin vida en la puerta.

—Así fue como la encontró la cocinera, señorita Marcells, cuando fue a las nueve a entrarle el desayuno —dijo el sargento Mac Allister—. La señorita Marcells me llamó enseguida y lo primero que hice fue poner un agente en la puerta para impedir que nadie entrase y tocase nada.

Milton Scott puso una rodilla en la alfombra y se inclinó tocando una de las yertas manos del cadáver.

—Debe llevar muchas horas muerta —murmuró. Se puso nuevamente en pie y dijo—: Déjenlo todo como está mientras llegan los muchachos del Departamento de Investigación Criminal. Sargento, reúname a todos sus hombres en el comedor.

Mac Allister salió apresuradamente y Scott se dirigió hacia la puerta, la cual estaba bloqueada por Bertie Mac Dullow, míster Edgar Keyes y Orville y John Mac Mahon.

El doctor Waltari llegó en este momento. Los hombres que bloqueaban la puerta se apartaron para franquearle el paso. Joel Waltari entró, lanzando una mirada de curiosidad sobre el cadáver.

—Vine tan pronto como recibí su recado —dijo el doctor—. ¿Estrangulada?

—Eso es lo que parece —repuso Scott—. Usted es el médico forense de la comarca, ¿no es cierto?

—Sí.

—Examine el cadáver sin moverlo de su posición.

Joel Waltari puso una rodilla en la alfombra, como antes lo había hecho Scott, tocó suavemente una mano a la mujer y luego se inclinó más para examinar sus ojos.

—Lleva muchas horas muerta.

—¿Cuántas?

—¡Oh, no crea que es tan fácil determinarlo! Deduciendo de la temperatura de esta habitación y la rigidez del cadáver, yo diría que murió entre las doce y las dos de la madrugada.

—Está bien, salgamos todos ahora. Debo cerrar esta habitación hasta que lleguen los detectives de la Brigada Criminal.

Waltari precedió a Scott hasta el pasillo. Éste cerró la puerta y se metió la llave en el bolsillo.

—Nos reuniremos dentro de media hora en la biblioteca. Avisen también a James Wyllie —dijo Scott, secamente.

Los cinco hombres se quedaron en el pasillo viendo alejarse al policía.

En el comedor, el sargento Mac Allister acababa de reunir a todas las fuerzas destacadas en la vigilancia del caserón. El propio sargento había permanecido en la casa hasta la una de la madrugada, hora en que se fue a su casa, para regresar a las siete de la mañana. Sus agentes le habían informado en el sentido de que no había novedad alguna.

—Sin embargo, una mujer murió asesinada en esta casa anoche mientras ustedes montaban vigilancia afuera. ¿En qué forma se distribuyó esa vigilancia?

Los agentes se miraron corridos entre sí y miraron a Mac Allister como pidiéndole auxilio.

Mac Allister se pasó la punta de la lengua por los labios e informó:

—El tiempo fue muy malo anoche. Estuvo lloviendo incesantemente desde las diez hasta el amanecer. Como la lluvia y el frío no convidaban a una guardia prolongada en el exterior, dispuse que tanto el vigilante de la puerta principal como el de la puerta de servicio vigilaran desde dentro de la casa. Otro agente salió a intervalos regulares con un perro para patrullar por los alrededores. El destacamento en total estuvo a cargo de seis hombres, los cuales se relevaban de tres en tres cada dos horas.

—Usted me dice que puso un agente de vigilancia puerta principal y otro en la puerta de servicio correspondiente a la cocina. ¿No hay otras puertas en la casa?

—Sí, otras dos. Una está al final del corredor en el ala izquierda del edificio, pero no se utiliza.

—Si no había nadie vigilándola, ¿cómo puede asegurar que no se utilizó anoche?

—La puerta está asegurada interiormente por dos barras de hierro atornilladas. Desde afuera es imposible quitar las barras, y si alguien hubiese salido por allí habría tenido que quitarlas por dentro y dejarlas fuera de su lugar al salir.

—¿Las barras seguían en su lugar esta mañana?

—Sí. Después que descubrimos el cadáver de la señorita Glenn

me apresuré a comprobarlo.

—Perfectamente. Nos queda otra puerta, la correspondiente al garaje en la planta baja del torreón.

El rostro del sargento Mac Allister se ensombreció.

—Recuerde que me dijo usted que debía vigilar la casa de forma que nadie pudiese salir de ella.

—Sí, lo dije.

—En consecuencia —prosiguió el sargento—, todas las medidas que tomé estaban encaminadas a impedir la salida de cualquiera que pretendiese escapar. La puerta del garaje es de dos hojas corredizas, las cuales se aseguran por la parte de afuera por un simple pestillo de hierro. La puerta puede abrirse desde afuera levantando el pestillo, y desde el interior tirando de un cordel que por un agujero sale afuera y levanta el pestillo. Como se trataba solamente de evitar que nadie saliese, todo lo que hicimos fue cortar ese cordel de forma que nadie pudiese levantar el pestillo desde dentro.

—Sin embargo, cualquiera pudo llegar desde afuera y entrar por el garaje levantando el pestillo.

—Sí.

Milton Scott exhaló un suspiro. Su larga experiencia en la profesión le había enseñado cuán difícil era prever todas las contingencias que podían presentarse en un caso de asesinato. Reprochar al sargento Mac Allister su negligencia habría resultado tardío, a la vez que injusto. Verdaderamente, la noche anterior fue inclemente. Los agentes que Mac Allister dejó de vigilancia eran seres humanos como los demás. Por tanto, encontraron mucho más cómodo reunirse en torno a la mesa de la cocina tomando café y charlando mientras afuera llovía y soplaban el viento. De vez en cuando, uno de los agentes se echaría su capa impermeable, saldría a dar una vuelta y regresaría apresuradamente para acogerse a la caliente cocina.

—Está bien —dijo Scott malhumoradamente—. Dentro de poco tendremos aquí una nube de periodistas haciendo preguntas y esgrimiendo cámaras fotográficas. No debe permitirseles la entrada, al menos mientras los muchachos del laboratorio no hayan terminado su trabajo.

Milton Scott salió de la cocina, dirigiéndose a la biblioteca

donde encontró reunidos a Bertie Mac Dullow, Joel Waltari, Edgar Keyes y los dos Mac Mahon. James Wyllie entró a continuación de Scott y cerró la puerta tras sí, permaneciendo de pie cerca de ésta.

—Ustedes están siendo testigos de un hecho que, aunque frecuente en las novelas policíacas, no se da demasiadas veces en la vida real de un policía —dijo Milton Scott desde el centro de la habitación—. En el noventa y cinco por ciento de las ocasiones, la policía ha detenido al criminal a las pocas horas de haberse descubierto el delito. En cuatro casos de cada cien, el crimen queda sin aclarar, casi siempre por concurrir en él circunstancias puramente casuales. Una vez de cada cien el policía se encuentra con un rompecabezas en donde los indicios acusan a media docena de posibles culpables. Éste es mi caso, y les aseguro que no es nada agradable. Cualquiera de ustedes cinco tuvo oportunidad y motivos para asesinar a *sir* Allen Mac Dullow. Respecto a la enfermera señorita Glenn, su muerte puede estar desligada del asunto principal, aunque me inclino a creer que está estrechamente relacionado con éste.

Los hombres guardaban sombrío silencio, observando distintas actitudes de indiferencia, interés o simple aburrimiento. Scott continuó:

—Los policías, como el resto de los mortales, cometemos errores con mucha frecuencia. Mi error en este caso consistió en no conceder a la señorita Glenn toda la importancia que merecía. Ella, como enfermera de *sir* Allen, fue la última persona que estuvo con éste en su habitación la noche del domingo. La señorita Glenn administró a *sir* Allen una inyección. ¿Cuál fue la sustancia que la señorita Glenn administró al enfermo? ¿Se trataba de un estimulante a base de digitalina tal como lo prescribió el doctor? ¿Se trataba de un hipnótico para sumir a *sir* Allen en profundo sueño? ¿Era algún otro producto con efectos retardados para que *sir* Allen se sintiese enfermo unas horas más tarde y llamase a Wyllie haciendo sonar la campanilla, al mismo tiempo que pulsaba el botón para abrir la puerta? La señorita Glenn, casi con toda seguridad, debió de servir de cómplice al asesino. Tuvo oportunidad y poseía conocimientos suficientes para hacer cualquiera de estas cosas: dormir al paciente, envenenarle o provocar en él una reacción que impulsase a *sir* Allen a pedir auxilio. A fin de aclarar

estas dudas, solicito de ustedes autorización para proceder a la autopsia del cadáver de *sir* Allen Stefen Mac Dullow.

Edgar Keyes levantó vivamente la cabeza y preguntó:

—¿Cree que es absolutamente necesario?

—Sí, lo es.

Edgar Keyes miró a su primo Orville, el cual se encogió de hombros como significando cuán poco le importaba.

Bertie Mac Dullow asintió con la cabeza y dijo:

—Si la autopsia ha de facilitar la labor de la policía creo que no podemos negarnos a ello.

—Muchas gracias, eso era todo —dijo Scott. Y se dirigió hacia la puerta.

La brusca salida del policía indudablemente sorprendió a los hombres reunidos allí. Por su parte, Scott se sentía irritado y desalentado. Cuando Milton salía al vestíbulo, entraba por la puerta el superintendente Warburton seguido de un grupo de detectives cargados con cámaras fotográficas y negras maletas conteniendo el complejo equipo para la investigación de laboratorio.

El entierro de *sir* Allen Mac Dullow se celebró aquella tarde como estaba anunciado. Sólo un reducido grupo, formado por familiares y amigos, siguió al coche fúnebre hasta el cementerio de Heuvelton, donde estaba el panteón de la familia.

Los periodistas, inevitablemente, habían llegado por la mañana, mas después del entierro iniciaron la desbandada en dirección a Edimburgo llevando sus cámaras fotográficas y sus libretas de notas repletas de jugosos apuntes acerca del asesinato de Frances Glenn, de su posible relación con la misteriosa muerte de *sir* Mac Dullow y buen acopio de impresiones sobre la atmósfera nefasta que parecía envolver al castillo en aquel frío y brumoso día.

Los detectives de la Brigada Criminal también se marcharon con sus negras maletas, sin haber logrado encontrar ni una huella dactilar, ni un cabello, ni un botón arrancado del traje del asesino, ni ninguno de esos indicios que en las novelas policíacas solían servir para establecer la identidad del asesino.

El superintendente Warburton también se marchó al caer la tarde, después de acordar con el capitán Scott que habría sido prematuro hacer ninguna detención sin poseer pruebas contra ninguno de los presuntos asesinos. Scott despidió a Warburton y

tornó a entrar en el caserón, dirigiéndose a la biblioteca. Poco antes, James Wyllie había encendido la chimenea, presumiendo que la familia regresaría del entierro con las manos frías y los pies húmedos. Tomando asiento en el diván junto al fuego, Milton Scott sacó su libro de notas y su bolígrafo, dedicándose a hacer un estudio minucioso de cada uno de los sospechosos. El nombre de Bertie Mac Dullow encabezaba esta lista, seguido de James Wyllie, Orville Mac Mahon y Edgar Keyes.

Scott todavía no había concluido su lista cuando Wyllie entró apresuradamente en la biblioteca. Scott cerró su libreta y quedó mirando interrogativamente al mayordomo.

—¿Qué ocurre, Wyllie?

El hombre vaciló un instante y luego dijo:

—¿Cogió usted del armario del taller aquel frasco de nitroglicerina, señor Scott?

Milton Scott miró sorprendido al hombre.

—No. ¿Para qué había de cogerlo?

—Ha desaparecido.

Milton Scott se puso en pie, guardando la libreta y el bolígrafo.

—¿Está seguro?

—Acabo de comprobarlo, señor. Había subido a poner un poco de orden en el taller y, al guardar algunas cosas en el armario, vi que la nitroglicerina no estaba en su lugar acostumbrado.

—¿Puede haberla cambiado alguien de lugar?

—No creo, señor. La verdad es que no está en el taller.

Scott se acarició pensativamente la barbilla.

—¿Quién pudo haberla cogido?

Wyllie levantó sus escuálidos hombros.

—Con tanta gente como ha trajinado hoy en la casa, cualquiera pudo cogerla.

Esto era cierto. A partir de media mañana, periodistas, detectives, familiares de Mac Dullow, amigos y parientes lejanos que venían para asistir a los funerales de *sir* Allen habían andado arriba y abajo de la casa con entera libertad.

Mientras Scott reflexionaba se oyó afuera el rumor de los automóviles que regresaban de Heuvelton con los enlutados y silenciosos parientes de *sir* Allen Mac Dullow. Se apresuró a abandonar la biblioteca, reteniendo a Wyllie en el vestíbulo para

decirle:

—No es necesario que mencione la desaparición de la nitroglicerina delante de nadie, Wyllie. Todavía ignoro el significado de este incidente, pero alguien pudiera sentirse intranquilo si se supiera que falta del armario.

—Sí, señor.

Los familiares del difunto entraron en este momento. Scott se mantuvo discretamente a un lado de la puerta mientras ellos desfilaban ante él. Algunos le dirigieron un leve movimiento de cabeza. Los más una fría mirada.

En circunstancias normales éste habría sido el momento indicado para que Scott expresara su condolencia a los deudos de *sir* Allen, Scott, sin embargo, encontró ridícula esta idea. En primer lugar, ninguno de los parientes de *sir* Allen sentía verdaderamente su muerte. En segundo lugar, el asesino era uno de ellos.

¿Cómo decirle al asesino: «Le expreso mi sentido pésame»?

Scott salió de la casa, encontrándose en el patio con Elaine Sinclair y el doctor Waltari, que llegaban un poco rezagados respecto a los demás.

—Le expreso mi más sentido pésame —dijo Scott a la muchacha levantando su sombrero.

Waltari le miró con expresión sorprendida.

—Gracias —dijo la joven. Y pasó por delante de Scott, penetrando en la casa.

Waltari la siguió.

El sargento Mac Allister detuvo el «Land Rover» junto al coche de Scott y saltó a tierra. Mac Allister había solicitado permiso para asistir al entierro como buen vecino.

—¿Cuál es el programa para esta noche? —inquirió Mac Allister malhumorado—. ¿También tendremos asesinato?

—Cuando comienza una ola de asesinatos nunca se sabe cuándo va a terminar —repuso Scott irónicamente chupando su apagada pipa.

—Mis hombres están cansados. Desde que se les despertó para acudir a apagar el incendio en el cuarto acorazado de *sir* Allen, puede decirse que prácticamente no hemos parado un momento.

—Sí, le comprendo. Yo creo que por esta noche serán suficientes un par de hombres turnándose para vigilar la casa por la parte de

fuera. No es que espere un crimen esta noche también. Pero si ocurriera nos iban a poner en la picota. ¿Viene usted a Heuvelton?

—Le acompaño si me espera un minuto.

Poco después Mac Allister se reunía con Scott en el automóvil de éste.

Mientras el auto rodaba por el enlodado camino, el sargento se quitó el casco y exhaló un profundo suspiro. Luego miró de soslayo a Scott y dijo:

—El asunto está un poco enredado, ¿no es cierto? —Scott asintió sin contestar y Mac Allister agregó—. ¿Quiere saber lo que opina la gente?

—A veces resulta interesante conocer la opinión del público. La gente todavía no ha resuelto un solo caso de asesinato, pero casi siempre ayuda a enredarlo.

—Bueno, la idea general es que Bertie Mac Dullow asesinó a su tío y luego a la enfermera.

—El pobre señor Bertie no debe gozar de muchas simpatías por aquí —observó Scott apartando la pipa de sus labios—. De todos modos hay un refrán que dice: «Piensa mal y acertarás». Sí, Bertie Mac Dullow es uno de los favoritos al primer papel de asesino, incluso para mí mismo. Pero no debió ser él.

—¿Cómo lo sabe?

—Pura intuición. Todo resultaría demasiado sencillo, árido y sin complicaciones. El señorito arruinado que detesta a su tío y se impacienta ante la tardanza de éste en morir... que sostiene relaciones amorosas con una linda enfermera... que en ausencia del mayordomo oye sonar la campanilla y acude al lado del viejo... tal vez al mismo tiempo que la enfermera y decidiendo entonces abrasarle vivo. Un hombre que después habrá de eliminar a su cómplice estrangulándola con una media... No, ésa no es la imagen que uno se forma del asesino. Pongamos en su lugar a James Wyllie. Éste sí es un hombre con imaginación, capaz de planear un crimen en sus menores detalles, tal como partir un domingo por la tarde con el propósito aparente de ver a su familia y llevar consigo un distribuidor de automóvil averiado para sustituir el que lleva el auto y va funcionando bien. Por supuesto, Wyllie tendría que contar con la complicidad de la enfermera para administrar a *sir* Allen algún producto que provocase en el viejo aparatosos síntomas de

enfermedad. También, aunque con temperamento distinto, tenemos a Orville Mac Mahon. Los Mac Mahon dormían en el cuarto que cae precisamente sobre la cámara acorazada de *sir* Allen. Orville no parece un hombre con excesiva imaginación, si bien en su caso cualquier avaro exprimiría su cerebro hasta dar con la fórmula más apropiada a sus fines. Orville Mac Mahon detestaba a su tío. También él pudo cometer el crimen.

—¿Quiere decir que los Mac Mahon oyeron la campanilla de *sir* Allen y bajaron la escalera, encontrando la puerta abierta y penetrando para cometer el crimen tal como usted lo describió?

—En efecto, los Mac Mahon pudieron oír el repique de la campanilla, aunque en este caso mejor podrían oírla los Keyes, cuya habitación cae precisamente sobre la de Mac Dullow. Recordemos que fue en la habitación del mayordomo donde en realidad sonó la campanilla.

—Pero usted señala insistentemente a Orville Mac Mahon. ¿Cómo cree que pudieron ellos cometer el crimen?

—La alcoba de *sir* Allen cae justamente debajo de la habitación de los Mac Mahon. Bien, supongamos que ellos se proponen asesinar a su tío. Se proveen con la debida anticipación de un berbiquí y un largo taladro de acero. Con el taladro barrenan un agujero que, atravesando el piso y la capa de cemento que hay debajo, llega hasta la alcoba donde duerme el anciano. Por este agujero y, sirviéndose de un embudo, Mac Mahon vierte una determinada cantidad de petróleo, el cual irá a caer en la alfombra de la habitación inferior. Orville deja descolgar entonces una mecha común y corriente, cuyo extremo inferior toca la alfombra. Prende fuego a la mecha, esta comunica su fuego a la alfombra, que empieza a arder... El viejo Mac Dullow despierta y ve el fuego. Su reacción inmediata consiste en apretar el pulsador que abre la puerta. Salta de la cama y corre hacia la puerta. Sin embargo, cuando se dispone a salir, se encuentra con Orville Mac Mahon, que le empuja hacia adentro, le golpea y le deja sin sentido, arrastrándolo de nuevo hasta la cama para, luego, salir, cerrando apresuradamente. Ningún rastro ha quedado de la rápida intervención de Mac Mahon, si exceptuamos quizá que la enfermera asomó al corredor y le vio, intentando más tarde hacerlo objeto de un chantaje. También quedaba arriba el agujero a través del cual

Mac Mahon había vertido el petróleo y echado la mecha. ¿Qué hará Mac Mahon ahora para hacer desaparecer ese agujero? Muy sencillo. Pretextando acudir en socorro del viejo, Mac Mahon se provee de un grueso mazo y empieza a abrir un gran boquete justamente donde hizo el pequeño agujero. El boquete grande destruiría el agujero pequeño.

—¡Caramba! —exclamó el sargento—. Oyéndole hablar uno piensa que si Orville Mac Mahon no cometió el crimen, fue un estúpido por haberse perdido tan buena ocasión de hacerlo.

Milton Scott se rió por lo bajo y dijo:

—En realidad casi la única posibilidad de que el crimen fuese cometido en una inspiración del momento, sólo puede atribuírsele a los Keyes. Éstos pudieron oír la campanilla mejor que ninguno y bajar, puesto que sabían que el mayordomo estaba ausente. Encontrarían la puerta entreabierta y a *sir* Allen desvanecido, con lo cual decidirían volcar el quinqué y hacer parecer el crimen como un accidente.

El automóvil llegaba en este momento a Heuvelton, quedando con ello interrumpida la conversación. El sargento insistió en invitar al capitán a comer en su casa, a lo cual Scott se negó alegando que estaba cansado y deseaba acostarse temprano.

Mac Allister se despidió ante la puerta del «Montañés».

Había poca gente en la taberna y los hombres que se encontraban allí estaban entregados a una curiosa diversión, consistente en seguir con mirada embobada las maniobras de un automóvil de juguete que corría ágilmente por entre las patas de las mesas.

El propio Scott se detuvo a contemplar el pequeño vehículo, sorprendiéndole la forma misteriosa en que éste evitaba estrellarse contra las sillas y viraba poco antes de llegar a la pared.

Hasta que no vio a un chiquillo que estaba encaramado en el mostrador con una extraña caja en las manos, de la que sobresalía la niquelada varilla de una antena, Scott no comprendió la misteriosa forma de conducirse del auto de juguete.

La caja que tenía el muchacho era una, emisora de radio, por la cual controlaba a distancia los movimientos del cochecillo.

El dueño de la taberna aprovechó la llegada de Scott como excusa para poner fin al entretenido juego del muchacho:

—Vamos, Bill, ya está bien. Guarda tu automóvil porque te advierto que no tendrás nuevas pilas hasta el domingo próximo.

Scott tomó una mesa retirada en uno de los rincones de la sala. Los parroquianos todavía comentaban el ingenio de los modernos juguetes cuando el dueño de la taberna se acercó.

—Su muchacho tiene un juguete muy bonito —observó Scott.

—Sí, y casi tan caro en su mantenimiento como un coche de verdad. Un hermano mío que trabaja en Suiza volvió ayer y le trajo el juguete al chico. Lástima que no vaya a durar mucho. Esos juguetes resultan demasiado complicados para un muchacho.

Scott pidió a continuación su cena y la del agente Heisman, que no tardó en llegar.

Apenas terminó de cenar Milton encendió su pipa y dio las buenas noches a Heisman, retirándose a su habitación.

Ya metido en cama, con las espaldas contra la cabecera del lecho, los brazos cruzados y la pipa entre dientes, Milton Scott permaneció largo rato inmóvil estudiando cada uno de los detalles del intrincado asunto.

El reloj de torre de la aldea dejó oír diez campanadas. Scott pensó que a esta hora Elaine Sinclair se habría retirado ya a su habitación.

Era curioso que a cada instante, mientras trataba de encauzar su pensamiento hacia el examen del problema, se sorprendiera inesperadamente pensando en aquella muchacha. El papel de Cenicienta, que Elaine Sinclair venía representando durante años en aquel feo y oscuro caserón, le había impresionado. Pero aparte de todo esto, la muchacha le había gustado por su sencillez, su infinita paciencia y la humildad con que soportaba las insolencias de sus orgullosos parientes.

Ahora, como una auténtica Cenicienta, Elaine Sinclair iba a heredar quizá una fortuna, y con la fortuna un nombre que la rehabilitaría a los ojos de una sociedad llena de prejuicios.

Elaine, reconocida por *sir* Mac Dullow como hija natural, no encontraría en adelante dificultades en el orden social ni en el financiero. Convertida de la mañana a la noche en *lady* Mac Dullow, entraría con pleno derecho en posesión de una fortuna y un título de nobleza. Se casaría con el doctor Waltari...

Milton Scott se sintió extrañamente triste. Por educación y por

principios, más bien que por su edad, Milton podía considerarse un solterón chapado a la antigua. Le disgustaban las mujeres que trabajaban en las oficinas, que fumaban y bebían como varones, practicaban violentos deportes y adoptaban actitudes afectadas respecto al arte y la política, cosas estas que Scott seguía considerando del dominio exclusivista de los hombres.

Elaine Sinclair era distinta de todo esto. Y porque era distinta le había gustado a Scott.

Todavía desvelado, Milton Scott oyó dar las campanadas de la medianoche. La pipa se había apagado hacía mucho entre sus dientes. Sentía frío y de pronto experimentó un extraño y vago malestar.

«Esa muchacha está corriendo un grave peligro», se dijo.

Dejándose llevar de repentina inspiración, Scott saltó de la cama y empezó a vestirse con rapidez. Salió en silencio de la habitación.

En la taberna las luces ya estaban apagadas, pero a través de los cristales de la puerta llegada de la calle un débil resplandor. Scott salió a la calle procurando no hacer ruido.

Hasta que estuvo junto al coche no recordó que Herman tenía las llaves. Probó a tirar de la manija por si casualmente Heisman dejó las puertas sin cerrar. Pero estaban cerradas. En esto oyó pasos en la acera. Una voz gritó:

—¡Eh! ¿Qué hace usted ahí?

Era uno de los gendarmes del destacamento local. El agente reconoció a Scott y se disculpó, saludando respetuosamente.

Milton explicó lo que ocurría.

—De pronto se me ocurrió ir en el coche a efectuar una ronda por el castillo, pero olvidé que mi chofer tiene las llaves.

—¿Quiere que le despertemos?

—No, no creo que merezca la pena. En realidad no hay razón.

Milton se interrumpió. El gendarme pareció comprender sus dudas.

—La distancia no es muy larga —apuntó—. En el cuartelillo dejé mi bicicleta. Podría ir paseando en ella. La noche está muy cálida.

Minutos después Milton Scott pedaleaba por la carretera en dirección al viejo torreón.

CAPÍTULO VI

El viento susurraba medrosamente en la copa de los cedros cuando Milton Scott atravesó el bosque. En el cielo, una luna envuelta en un halo multicolor corría apresuradamente cruzando los claros entre las nubes. Al fondo, la maciza torre se recortaba con su masa oscura y el reflejo de sus tejas de pizarra.

La bicicleta rodó silenciosamente sobre el puente de madera y perdió velocidad al tomar la cuesta. Milton Scott no era un gran ciclista y tuvo que apearse para recorrer a pie el último tramo de la pendiente hasta la casa.

Esperaba que el gendarme de servicio acudiría a comprobar su identidad, pero nada de esto sucedió.

Irritado por aquella negligencia de un agente, Scott empujó su bicicleta pasando por delante de la puerta clausurada del ala izquierda y un poco más allá dejó la bicicleta arrimada contra un árbol.

Detrás de la casa el suelo estaba cubierto de alta hierba. Hundiendo los pies en este lecho muelle y húmedo, Milton se deslizó a lo largo del muro pasando revista a las ventanas.

Un poco más allá se detuvo al descubrir un resquicio de luz detrás de unas cortinas mal cerradas. La ventana correspondía a la habitación de Elaine.

Sinclair. Scott se acercó a los cristales y llamó con los nudillos.

No obtuvo respuesta la primera vez y llamó de nuevo. La luz se apagó dentro.

«Estoy asustando a la pobre chica», se dijo Scott.

De pronto brilló tras los cristales el foco de una potente linterna eléctrica. Scott quedó deslumbrado. La linterna se apagó. Crujieron las fallebas y la voz de Elaine Sinclair inquirió en la oscuridad:

—¿Usted, capitán? ¿Qué ocurre?

Scott se acercó más.

—En realidad no ocurre nada. Estaba desvelado, no podía dormir y pensé venir a echar una ojeada.

—Me asustó cuando le oí llamando a los cristales.

—¿Quiere que le diga la verdad? —se confió Scott—. No me sentía tranquilo pensando que pudiera amenazarla algún peligro.

—Ya estoy bastante asustada. No debió decirme eso. ¿Cree que de veras me amenazaba algún peligro?

—Mañana quizá me ría de mis temores, pero esta noche me estoy dejando llevar de mis impulsos. Voy a proponerle una cosa: Cédame su habitación por lo que queda de noche y váyase a dormir con la cocinera.

La muchacha pareció meditar la proposición en silencio.

—Está bien, entre.

Scott saltó sobre el repecho de la ventana, entrando en la habitación.

—Espere, no encienda hasta que haya corrido las cortinas.

Scott aseguró las fallebas y corrió las cortinas. La chica encendió primero su linterna y luego el quinqué de petróleo que descansaba sobre el velador junto al lecho.

La amarilla luz del quinqué mostró a Scott la amplia cama de hierro cuyas sábanas conservaban todavía la huella del cuerpo de Elaine Sinclair. La muchacha se había envuelto en un grueso batín de franela. Su negro pelo, recogido en una gruesa trenza, le caía por el hombro sobre el pecho. A Scott le sugirió el retrato de una hermosa india de ojos verdes centelleantes.

—De acuerdo, váyase —dijo Scott—. ¿O quiere que le acompañe?

Ella le suplicó con los ojos.

—Está bien, vamos —rezongó Scott.

Salieron, alumbrándose con la linterna, avanzaron hasta el recodo del pasillo y alcanzaron la habitación de Clara Marcells debajo de la escalera. Tuvieron que llamar despacio dos veces hasta que la asustada mujer salió a abrir.

—¿Me presta su linterna? —dijo Scott cogiendo la que Elaine Sinclair tenía en la mano.

La puerta se cerró detrás de las dos mujeres y Scott regresó por el corredor alumbrándose con la linterna.

Después de cerrar la puerta de la habitación de Elaine, Scott

efectuó un registro, asegurándose de que en parte alguna existía un peligro inmediato.

Como no creía posible conciliar el sueño se quitó la chaqueta y los zapatos y se metió entre las sábanas. Éstas conservaban todavía el calor del cuerpo de Elaine. La almohada estaba impregnada de un suave perfume. Scott se llamó estúpido mientras ponía su pistola debajo de la almohada, empuñando la linterna y apagando el quinqué.

«Espero que estés tranquilo ahora que te saliste con la tuya», se dijo.

Y en realidad así era. Su zozobra y su preocupación de antes habían desaparecido. Estaba seguro de que sus temores eran infundados; mas ahora se sentía satisfecho de haber venido.

La imagen de Elaine Sinclair, tal como la acababa de ver al entrar en la alcoba, con su pelo recogido y su alta y esbelta figura envuelta en el batín, persistía tenazmente en su recuerdo mientras iba cayendo en dulce somnolencia.

«Me parece que me estoy enamorando de ella».

El reloj del vestíbulo dejó oír una campanada. Scott abrió los ojos, esforzándose por mantenerse despierto. De nuevo empezó a invadirle el sueño. Quizá pasara media hora. De pronto le arrancó de su duermevela un sobresalto.

Un extraño ruidillo llenaba la habitación.

Scott se incorporó quedando sentado en la cama, al mismo tiempo que encendía la linterna y empuñaba la pistola.

El haz de la linterna cayó sobre la puerta, la cual se cerraba en este momento con un ligero chasquido. Scott iba a saltar de la cama cuando la luz cayó sobre algo que avanzaba por el suelo con rapidez, haciendo aquel extraño ruidillo.

Era un tanque. Un tanque de juguete. Scott quedó absorto un instante sin comprender. El pequeño artefacto cruzó rápidamente la habitación hacia la cama.

Scott recordó en una fracción de segundo aquella pequeña máquina llamaba «David», empleada por los alemanes en la última guerra. El artefacto en sí era un tanque de tamaño reducido lleno de altos explosivos, el cual, guiado por radio, iba a meterse debajo de los tanques haciendo explosión en el momento adecuado.

¡Explosivos!

Scott reaccionó velozmente de la única forma posible. Cogió una punta del colchón, se hizo un ovillo y se envolvió en él.

El mundo pareció estallar en una deslumbradora llamarada debajo de Scott. Se sintió empujado brutalmente contra el techo, golpeado... Perdió el sentido.

Una llama ardía dentro de la pantalla rosada de un quinqué de petróleo. Esto fue lo primero que vio Milton Scott al volver en sí. Luego, el bello y pálido rostro de Elaine Sinclair se inclinó sobre él y Scott sintió el roce tibio de su aliento en las candentes mejillas.

—¡Ah, por fin recobra el conocimiento! ¡Dios mío, qué susto nos hizo pasar!

Todavía aturdido Scott miró en torno. Entonces vio a Wyllie cortando una tira de esparadrapo con unas tijeras. John Mac Mahon estaba al otro lado de la cama y a los pies del lecho alcanzó a ver a Bertie Mac Dullow. Scott intentó incorporarse.

—No, no se mueva —dijo Elaine poniéndole la mano en el hombro—. Todavía ignoramos si no tiene algún hueso roto. Uno de los gendarmes salió en busca del doctor Waltari.

Scott recostó su cabeza sobre la almohada. Fue entonces cuando repentinamente recordó lo ocurrido.

—¿Qué ocurrió? —preguntó.

—Apenas si podemos imaginarlo —dijo Bertie Mac Dullow—. Todos dormíamos cuando nos despertó una explosión que conmovió la casa hasta los cimientos. Salí al corredor y lo vi lleno de humo. Corrí hasta la habitación de Elaine. La puerta yacía en el pasillo en pedazos. Cuando me asomé al cuarto y le vi sepultado entre los restos de la cama pensé que estaría usted hecho pedazos. La habitación quedó totalmente destruida. El tabique de la habitación de Wyllie se hundió. Parte del techo se vino abajo, estando a punto de matar a tía Amy, que dormía arriba. La explosión debió ser muy potente.

—Justamente como una explosión de nitroglicerina —observó Wyllie.

El mayordomo se acercó a Scott y le puso el esparadrapo sobre la frente.

—¡Fue uno de esos malditos juguetes! —exclamó Scott—. Era un pequeño tanque. Alguien lo soltó en mi habitación después de cargarlo con nitroglicerina. Yo había visto antes ese tanque de

juguete.

—Sí, arriba en el taller —dijo Wyllie—. Debieron ponerle un fulminante en la parte delantera para que la carga hiciera explosión al tropezar en cualquier parte.

Se hizo un abrumador silencio. De afuera llegó el ruido de un motor de automóvil.

—Debe ser el doctor Waltari —dijo John Mac Mahon.

Elaine Sinclair salió de la habitación. Poco después se oyeron pasos en el pasillo. Waltari entró seguido de Keyes y Mac Mahon. Habían llevado a Scott a la habitación donde Frances Glenn murió estrangulada.

En último lugar entró el sargento Mac Allister, el cual avanzó rápidamente hasta la cama mirando a Scott como si quisiera transmitirle un aviso.

—¡Hola! —exclamó Waltari depositando Su negro maletín sobre un velador—. Tal como me dieron el recado esperaba encontrarle hecho pedazos. ¿Se encuentra bien? ¿Qué ocurrió?

—Alguien soltó en la habitación de *miss* Sinclair un tanque de juguete cargado de nitroglicerina —dijo Scott.

—Los habitantes de este viejo castillo están resultando ser gentes muy ingeniosas —observó Waltari volviendo la cabeza para mirar a los hombres que estaban tras él. Y se inclinó, abriendo el maletín.

—Deje en paz ese maletín. Me encuentro perfectamente —gruñó Scott.

Mac Allister carraspeó reclamando la atención del capitán.

—¿Qué ocurre, sargento?

—El agente que estaba de guardia tomó este recado por teléfono.

Mac Allister tendió un papel doblado. Scott lo tomó, lo desdobló y leyó. Plegó el papel, recostó la cabeza en las almohadas y cerró los ojos. Al abrirlos de nuevo miró a Mac Allister.

—¿Ha traído usted las esposas, sargento?

—¿Quiere decir...? Sí, por supuesto. Siempre las llevo conmigo.

—Pues póngaselas al doctor Waltari.

Se hizo el silencio. Todos los personajes habían quedado paralizados por el estupor. Waltari hizo una mueca.

—Está bien, no le tocaré con mis pecadoras manos.

—Usted no volverá a tocar a ninguno de sus pacientes, doctor.

Admiro su sangre fría, pero el juego ya terminó. Queda usted detenido bajo la acusación de asesinato.

Elaine Sinclair entraba en este momento y quedó yerta y pálida en la puerta.

—Creía que estaba bromeando usted —dijo Waltari palideciendo.

—Le leeré el informe que acabamos de recibir. «Frances Glenn Burman, nacida en mil novecientos treinta y dos, en Londres. Se diplomó como enfermera en mil novecientos cincuenta y cuatro. En mil novecientos cincuenta y cinco emigró al Canadá, de donde al año siguiente pasó a Nueva Zelanda, en donde sufrió un accidente de automóvil. Pasó larga convalecencia, contrayendo el hábito de las drogas. Cometió negligencias y, finalmente, fue detenida acusada de haber sustraído estupefacientes del depósito del Hospital donde prestaba sus servicios. Fue repatriada a Inglaterra e ingresada en un centro para rehabilitación de toxicómanos. Experimentó mejoría y fue puesta en libertad, si bien se le retiró su licencia de enfermera, ignorándose en la actualidad su paradero...».

Scott apartó sus ojos del papel para clavarlos en el pálido rostro de Waltari.

—¿No hay aquí nada que llame su atención, doctor? Por ejemplo, Frances Glenn estaba en Nueva Zelanda por las mismas fechas que usted se encontraba todavía allí. ¿No es cierto que conocía a la señorita Glenn cuando la recomendó a *sir* Allen Mac Dullow como enfermera?

Waltari había empezado a sudar copiosamente.

—Quería ayudar a esa pobre chica a rehabilitarse. La encontré casualmente en Edimburgo. Estaba destrozada moralmente y me pidió un empleo. Quise darle una oportunidad...

—Una oportunidad de morir estrangulada querrá decir.

—¡Dios mío, yo no la maté!

—Sí, usted la mató, doctor. Tuvo que hacerla su cómplice para asesinar a *sir* Allen, y luego se vio obligado a deshacerse de ella. Estoy seguro que la señorita Glenn seguía tomando drogas mientras estuvo aquí. Probablemente usted mismo le estuvo proporcionando las drogas cada día cuando venía a visitar a Mac Dullow. Ahora bien, usted no podía confiar su porvenir a la discreción de una histérica toxicómana. Tal vez ella le exigiera alguna fuerte suma de

dinero. De cualquier modo usted decidió librarse de ella.

—¡Usted está loco! En primer lugar, la señorita Glenn estaba curada de su vicio cuando vino a esta casa. En segundo lugar, ¿por qué tuvo que ser mi cómplice? ¿No pudo ser cómplice de Bertie, o de Orville Mac Mahon, o de míster Keyes o James Wyllie? Todos ellos tenían una razón para asesinar al viejo.

—Y usted también, Waltari. Desde que supe que la señorita Sinclair era probablemente hija de Mac Dullow, todas mis sospechas apuntaron sobre usted. Su padre había sido durante años médico de la familia. Debió asistir a la madre de Elaine cuando ésta nació. Seguramente estaba como ningún otro en el secreto de las relaciones íntimas entre Mac Dullow y su cocinera. Por tanto, usted siempre supo por su padre que Mac Dullow era el progenitor de Elaine Sinclair. Ahora bien, usted y la señorita Sinclair eran novios a escondidas. ¿Por qué a escondidas?

Scott miró en dirección a Elaine. La muchacha frunció apretadamente los labios.

—Yo sé lo diré, Waltari —continuó Scott—. Usted jamás se habría casado con una criada que ni siquiera tenía padre. Lo hubiera hecho si Mac Dullow hubiese reconocido a su hija y nombrado a esta heredera de sus bienes. Pero lo que Mac Dullow haría era un secreto para todos. Por tanto, usted tuvo que reservarse la última baza. Si Elaine heredaba, usted se casaría con ella. Si Mac Dullow no la citaba en su testamento, a usted siempre le quedaba el recurso de dar por terminadas sus relaciones con ella.

—¡Magnífico! —dijo Waltari con desdén—. Explíqueme entonces cómo, si mi ambición me impulsaba a poner cerco a Elaine, cometería esta noche la torpeza de querer asesinarla. Porque la explosión que estuvo a punto de matarle a usted iba dirigida contra ella, eso es evidente.

—Usted debe saberlo mejor que nadie, pues fue suya la idea. ¿Que por qué decidió asesinar a su novia esta noche? La propia señorita Elaine nos contestará. Diga, *miss Sinclair*. ¿No es cierto que usted se peleó ayer con el doctor Waltari?

—Es cierto —dijo la muchacha con firmeza—. Su actitud me humillaba y me irritaba. Si me quería debía confesarlo a la cara de la gente. La impresión que recibí, por el contrario, era que él se esforzaba por mantener oculto nuestro noviazgo como una

vergüenza. Ayer le dije que todo había terminado entre nosotros.

—Sin embargo, no fue por eso que decidió correr el riesgo de matarla esta noche —aclaró Scott—. Al verse obligado a estrangular a la enfermera, Waltari comprendió que acababa de echar sobre su cuello la soga del verdugo. Muchas cosas iban a saberse, como, por ejemplo, que la señorita Glenn fue su novia en Nueva Zelanda, que Elaine Sinclair heredaba a Mac Dullow... Todo esto amenazaba con establecer la debida correlación entre la muerte de *sir* Allen y su secreto noviazgo con usted. Waltari decidió que más le valía renunciar a una fortuna probable que ser llevado al cadalso como reo seguro. Al hacerla volar en pedazos todas las sospechas que recaían sobre él debían disiparse para apuntar en dirección a Bertie Mac Dullow, Edgar Keyes, Orville y John Mac Mahon como directos beneficiados de la muerte de la presunta heredera. De esta forma el doctor Waltari se lavaba las manos en un asunto que estaba poniéndose demasiado difícil para él.

—Usted no podrá probar jamás que yo matara a *sir* Allen —dijo Waltari recobrando su aplomo—. Nadie podrá condenarme sin pruebas.

—También se le puede condenar basando un juicio en indicios.

—En todo caso, Frances Glenn aparecerá como autora del crimen. Yo no estaba en la casa citando el hecho ocurrió.

—Sí, usted estaba en la casa. Si algo me despistó al principio, fue precisamente mi idea de que el crimen se había cometido en circunstancias apoyadas por un simple incidente casual; que *sir* Allen se sintió enfermo, que alguien acudió en lugar de Wyllie y prendió fuego a la habitación. Hasta esta noche no he descubierto que el crimen se cometió con fría y deliberada premeditación... a través de algo tan aparentemente insignificante como un juguete.

—¿Un juguete? —Waltari sonrió—. No lo comprendo.

—Para que no se crea más listo de lo que es, doctor, le describiré cómo pudo cometer su crimen. En primer lugar, escogió el día, una noche de domingo que James Wyllie no estaría en el castillo. Esto era importante. Aquella noche, con la debida anticipación, la señorita Glenn preparó su jeringa con un somnífero. Debidamente instruida por usted, la enfermera entró en la habitación y, aprovechando un momento de descuido de *sir* Allen, tal vez simulando simple curiosidad, conectó el mecanismo de un precioso

juguete... Se trataba de una grúa, una grúa que andaba de un lado a otro, subía y bajaba y giraba sobre su eje y echaba su canjilón como una de verdad. El señor John Mac Mahon me desmentirá si aquella grúa no se controlaba por medio de una emisora de radio a distancia.

—Sí, es cierto —dijo John—. Era un juguete muy ingenioso, tan grande que el tío lo tenía en el suelo y no en el estante con los demás.

—Anoche vi uno de esos juguetes mecánicos moviéndose por control remoto —continuó Scott—. Ahora sé cómo pudo usted abrir la puerta de la cámara acorazada.

—¿No la abrió el propio tío desde dentro? —preguntó Keyes sorprendido.

—Nuestro asesino era un hombre de imaginación. El pulsador que abría la puerta estaba suficientemente bajo para que la grúa pudiera alcanzarlo. Y la grúa se hallaba lista para echar a andar tan pronto alguien empezara a dirigirla desde la habitación contigua.

—¿A través del muro? —preguntó Orville Mac Mahon.

—No precisamente. Recordemos que había un agujero en ese muro, el agujero por donde pasaba el grueso cordón de la campanilla. Waltari tuvo que esperar una noche de domingo para tener acceso a esa habitación. Utilizó una escalera o puso una silla sobre otra. De alguna forma alcanzó la campanilla, desató el cordón y ató al extremo de éste un bramante fino y resistente. Entonces empujó HACIA ADENTRO hasta que todo el cordón cayó dentro de la habitación de *sir* Allen, aunque quedó colgado del bramante. Waltari introdujo por ese agujero alguna forma de periscopio copiado del moderno sistema para introducir un periscopio en el estómago de un paciente a fin de que el cirujano pueda ver lo que hay dentro. Con ese periscopio, de fabricación casera, Waltari introdujo una pequeña bombilla eléctrica conectada a una linterna de bolsillo. Todo lo que tuvo que hacer fue coger la pequeña emisora de radio y empezar a dirigir los movimientos de la grúa. Ésta se deslizó por el suelo, se acercó al lecho e hizo varias tentativas, ajustando el ángulo de la pértiga hasta que ésta empujó el botón... y la puerta se abrió. Waltari salió al corredor, empujó la puerta y entró. Derramó el petróleo sobre la alfombra, le prendió fuego y salió. Así fue como asesinaron a *sir* Allen Mac Dullow.

Waltari dio un brinco en dirección a la puerta. El robusto Orville Mac Mahon le propinó un empujón arrojándole sobre la cama. Scott se movió con rapidez sujetando las muñecas del asesino... mientras el sargento Mac Allister lo esposaba en un abrir y cerrar de ojos.

Orville puso derecho al médico de un empujón.

—¡Y pensar que pudo habernos hecho aparecer culpables a cualquiera de nosotros! —exclamó. Y le lanzó de un empujón hacia la puerta.

Elaine Sinclair se apartó. Mac Allister tomó a Waltari por un brazo y le sacó al pasillo, donde le esperaban dos gendarmes uniformados. Detrás de Waltari y el sargento salieron todos los demás a excepción de Elaine, la cual se acercó al lecho y contempló al policía desde unos pasos de distancia.

—Me parece un sueño que todo haya terminado —murmuró la joven.

—Para ustedes sí. Espero que Mac Dullow haya sido justo en su testamento otorgando a cada cual lo que merece. Respecto a mí, la conclusión de este caso sólo significa el comienzo de otro... en otra parte distinta... con otros hombres y otras mujeres y otros criminales.

—¿Le gusta su profesión?

—Sí. Pero a veces me gustaría también tener tiempo al final de cada día para dedicarme a otras cosas.

—¿Tal vez una esposa?

Milton Scott sonrió. Ella se acercó entonces y le tendió una mano.

FIN

**APARECERA LA PROXIMA
SEMANA EN ESTA COLECCION**

Clark Carrados

DUELO DE CEREBROS



Precio:
7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Selecciones



**Una nueva colección
que sólo publicará éxitos**

Las mejores novelas
editadas en la colección S. S.
durante 12 años.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



MINI libros

Las más grandes
aventuras,
el más pequeño
formato

MINILIBROS
serie Oeste

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

COLECCION



**PUNTO
ROJO**



Las mejores novelas de
acción, de horror y
de misterio.

Precio: 7'- plus.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Para
encontrar
la
respuesta...

NO

es
necesario
consultar
cien
libros

ZAS

tiene
cien
respuestas



**pequeños libros
de gran contenido**

24 títulos publicados
300 en preparación

Precio
20 ptas.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"

830 — M.^a Adela Durango
FUGITIVA DEL AMOR

COLEC. "MADREPERLA"

726 — M.^a Teresa Sesé
PRESENTIMIENTO

COLECCION "ROSAURA"

670 — Josefina María Rivas
EL AMOR NO SE ELIGE

COLECCION "AMAPOLA"

557 — Carlos de Santander
AMAR ES LOCURA

COLECCION "ALONDRA"

491 — María Morgan
UNA MUJER DIFÍCIL

COLECCION "CAMELIA"

432 — Jesús Navarro
LA ENCANTADORA
SEÑORITA TRENT

COLECCION "CORAL"

112 — Corín Tellado
LA MENTIRA DE SOFIA

COLECCION "CORAL"

113 — Corín Tellado
UN SECRETO ENTRE
LOS DOS

COLECCION "CORAL"

226 — Corín Tellado
LA DONCELLA DE MAMA

COLECCION "BISONTE"

771 — Silver Kane
UN PUÑADO DE TIERRA

COL. "SERVICIO SECRETO"

635 — George H. White
JUGUETES DIABOLICOS

COLECCION "BUFALO"

468 — Fícel Prado
AL INFIERNO HEMOS
LLEGADO

COLECCION "TEXAS"

336 — Clark Carrados
ENTIERRAME HONDO

COLECCION "CALIFORNIA"

315 — Silver Kane
"MISS MUERTE"

COLECCION "COLORADO"

260 — Joe Mogar
EL HOMBRE DE WYOMING

COLECCION "KANSAS"

226 — M. Lafuente Estefanía
CONTRABANDISTAS
DE DROGAS

Col. "HEROES DEL OESTE"

208 — M. Lafuente Estefanía
SANGRE VAQUERA

COL. "ASES DEL OESTE"

178 — Tex Taylor
UN BANDIDO

COLEC. "BRAVO OESTE"

90 — Orland Garr
UN RANCHO PARA
WALTER

COLEC. "PUNTO ROJO"

24 — Keith Luger
VOCES QUE AUILLAN

Col. "SELECCIONES S. S."

2 — Silver Kane
DEVUELVANME MI ATAUD

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera, S. R. L.
Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.
- CUBA:** Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57
LA HABANA.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 40 - CIU-
DAD TRUJILLO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Bocayá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Iztaccíhuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUN-
CIÓN.
- PERU:** Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Adolfo Domínguez - Paraguay, 1.485 - MON-
TEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.



N.º 1567

Capucine

Actriz francesa, su verdadero nombre es Fermaine Lafebre. Nació el 20 de agosto de 1932. La vimos por primera vez en "Sueño de amor" y posteriormente en "Alaska, tierra de oro".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

